

EL PADRE EUSEBIO ARRÓNIZ
Misionero y santo

Pedro García
Misionero Claretiano

LA CONFESION DEL AUTOR

No espere el lector amable mucha originalidad en la presente Vida del Padre Arróniz. Desde el principio he de decir que las fuentes han sido contadas, pero muy buenas: la Historia de la Provincia Claretiana de Perú escrita por el Padre **Amador** Martín del Molino y, sobre todo, las pacientes investigaciones del Padre **Carlos Sánchez** entre las gentes de Cajabamba y Huacho, que en unas cincuenta apretadas páginas a máquina trae testimonios inapreciables, aunque resulta un imposible traducir a nuestro lenguaje el tipismo de los cajabanbeños. Sin citar nombres de tantos testimonios, unos irán “entrecorillados”, y muchos en relación normal, pero todos con fidelidad absoluta.

Espero presentar una semblanza aceptable del Padre Arróniz, en un libro que sea pequeño para leerse de un tirón y extenso lo suficiente para que no se quede en una vaga idea del biografiado.

¿Será algún día venerado como Santo el Padre Arróniz? Las declaraciones de quienes lo trataron coinciden todas en lo mismo: *era un santo*. El pueblo ya lo tiene canonizado. Nosotros por nada nos adelantamos al juicio de la Iglesia, aunque esperamos se inicie pronto el proceso de su beatificación. La Iglesia de Perú se sentirá ufana al añadir uno más, y muy esclarecido, a la lista gloriosa de sus Santos.

Contenido

Presentación,	4
¿Y de quién serán los restos?,	5
Subiendo a los principios,	7
En una familia cristiana,	7
De un vistazo,	8
Hacia el Altar y las Misiones,	8
LIMA. En el Seminario de Santo Toribio,	10
Y del Padre Arróniz, ¿qué?,	12
Un profesor como los demás,	12
TRUJILLO. Una noticia preliminar,	13
Aquí viene el Padre Arróniz,	15
A no soñar sino en el Colegio,	16
Los estudios van hacia arriba,	17
Y vienen los famosos Scouts,	18
Las excursiones escultistas,	19
El espíritu que animaba todo,	20
Misionero en el profesorado,	21
CAJABAMBA, y el viraje de 180 grados,	22
Con ojo certero,	24
La religiosidad popular,	24
La evangelización en toda la Parroquia,	25
Loa caseríos,	26
El Catecismo, lo primerísimo,	27
Los niños,	28
Vienen los jóvenes,	29
Me hice todo para todos,	30
Las pruebas imprescindibles,	33
Unas lágrimas nada más,	34
HUACHO. Un nuevo campo,	34
Ciudad y Parroquia de solera,	35
La pastoral parroquial,	36
El Catecismo,	36
Las misiones,	37
Sacramentos y actos de piedad,	38
La Acción Católica,	40
Los presos de la cárcel,	41
Doloroso..., pero así fue,	42
AREQUIPA. ¡Adiós, y hasta pronto!,	43
El alma del Padre Arróniz,	44
Hablan los de Huacho,	44
Cosas que nos cuentan,	46
No faltaron las malas lenguas,	49
Ahora, a soñar,	50

Presentación

“¡No lo entiendo! ¡no lo entiendo! Tantos años ya de Obispo, voy al Cementerio, y, nada más entrar, veo el sepulcro del Padre Arróniz. Pone ahí que murió el 1 de Noviembre de 1959 en Arequipa, y aquí, en Huacho, después de varios decenios de enterrado en esta tumba, siempre la veo con flores frescas. Repito, ¡no lo entiendo!... Ese sacerdote, que sigue vivo en el recuerdo y en el corazón de todos, dicen que era de mucha oración y que trabajó mucho por todos. No lo conocí, pero por fuerza era un santo. Si, como Obispo, dependiera sólo de mí, lo canonizaría sin más”.

Tenía yo escritas sólo estas palabras que Mons. Lorenzo León había dicho al Padre Carlos Sánchez, cuando a los dos días hube de hacer una visita improvisada a Huacho. Nos dirigimos directamente al Cementerio, a la primera tumba a la izquierda nada más entrar, y allí dos jarros con flores frescas, ¡después de 49 años de enterrado el Padre Arróniz! Nadie nos esperaba y nadie las puso en atención a nosotros para causarnos buena impresión.

Del Cementerio, al Obispo Mons. Antonio Santarsiano. Amabilísimo, y con toda espontaneidad, como quien decía algo ya muy pensado:

-¿Esas flores en el Cementerio? Hasta el 18 de Agosto del año que viene, cincuentenario de la traída de los restos a Huacho. En la cripta que estamos construyendo, allí reposarán y seguirán poniéndole flores. Quiero el proceso cuanto antes, porque sé que vamos a tener un Santo.

Y el grupo de Caballeros y Señoras, ya entraditos en años, que el Padre Manuel Paredes pudo convocar, al comunicarles el motivo de mi inesperada visita, decidían allí mismo formar el “Comité Amigos del Padre Arróniz”. Una de aquellas antiguas colaboradoras del Padre lanzaba la pregunta inquietante:

-¿Y vamos a tener la Vida del Padre? ¿Para eso quieren nuestros recuerdos?...

La Provincia Claretiana de Perú y la Postulación General de Roma toman esta insinuación como un desafío. Por ahora, este modesto librito quiere ser una respuesta muy simple y provisional a semejante inquietud. Ya vendrá día en que el Padre Eusebio Arróniz, con biografía extensa y crítica, será conocido como una lumbrera de la Iglesia de Dios que peregrina en Perú.

¿Y de quién serán los restos?...

Una ocurrencia mía, vamos a comenzar por el final. Cuando Mons. León decía aquellas palabras que hemos transcrito en la Presentación, hacía muchos años que el Padre Eusebio Arróniz había suscitado una cuestión delicada entre Arequipa y Huacho. Los de Arequipa podían decir:

-De aquí no sale. Ese santo murió aquí, y aquí se queda...

Pero los de Huacho esgrimían razones más fuertes:

-El Padre murió en Arequipa casi por casualidad. Con ustedes estuvo sólo un año, medio escondido en un rincón, y nosotros lo tuvimos al frente de nuestra Parroquia casi catorce años; además, él había dicho públicamente: “Mis deseos más vivos han sido que mis despojos mortales descansen en esta mi querida ciudad de Huacho”.

El Padre Ángel Tanyá, Superior de los Claretianos en Arequipa, supo llevar con tacto las cuestiones legales ante las Autoridades Eclesiásticas, Civiles y Sanitarias, y complacer así a los de Huacho, cuyo Alcalde, ante el clamor popular, hubo de constituir un Comité para conseguir el anhelo de toda la ciudad y poblados, que oscilaba entonces en los 55.000 habitantes.

El 12 de Agosto de 1962 partía hacia la sureña Arequipa la comitiva del Concejo Provincial de Chanay con los ocupantes de la Delegación Municipal de Huacho, Humberto Carreño y Gamaliel Pérez, Alcalde de Santa María. Llevaban una caja funeraria hecha expresamente con los mejores materiales, y en ella depositaban el día 14 los despojos del Padre Arróniz, una vez resueltos los trámites de ley, y los custodiaban aquella noche en el Hospital Goyeneche. Al día siguiente emprendía la Delegación el regreso.

Huacho, entre tanto, preparaba sus calles con cartelones significativos:

“Al recuerdo del Reverendo Padre Arróniz”. “Nada tan bello ni tan grande como tu cielo de apóstol misionero”. “Héroe humilde, cuya vida no fue sino un continuo sacrificio para ganar almas para Jesucristo”.

El Comité Pro Traslado, presidido por el Sr. Enrique Borgo, se adelantó hasta Lima para recibir el féretro y presidir la comitiva, que llegaba a Huacho a las 5 de la tarde del viernes 17 de Agosto. El Sr. Obispo Pablo Ramírez Toboada lo recibía en la capilla de San José, donde rezó un responso e impartía la cruz absolutoria. Empezó a caer una lluvia de flores sobre la carroza, que iba a servir de muy poco, porque los ciudadanos más conspicuos, empezando por los alcaldes de los Anexos quisieron llevar el ataúd a hombros, mientras se turnaban también los Comités portadores de las cintas, e iba rodeado por todos los Sacerdotes, los Padres Mercedarios, los Hermanos Maristas, las Religiosas Dominicas, seguidos todos multitudinariamente por asociaciones, instituciones sociales, culturales, deportivas, comisiones de escuelas y colegios e infinidad de personas, cerrado todo por la Benemérita Compañía de Bomberos de Huacho.

¿Y los presos de la cárcel pública, tan queridos del Padre Arróniz? No hubo más remedio que desviar la marcha y llevarles el féretro, ante el que rezaron, cantaron, declamaron poesías y aplaudieron fuerte el discurso del Presidente de la Hermandad del Niño Jesús, fundada por el Padre en el establecimiento penal. Allí podía estar aún el

detenido que había dicho aquellas palabras que se repitieron tanto: “Yo no quiero salir de la cárcel sabiendo que el Padre vendrá siempre”.

Avenida del Centenario adelante, y después de dar una vuelta a la Plaza al fin se llegó al Salón de Sesiones del Concejo Provincial. Colocado allí el féretro, al anochecer empezaba el interminable sucederse los grupos de instituciones, hermandades, clubs, compañías, sindicatos, Concejos Provincial y Distritales, para rendir tributo al querido Padre que había pasado por Huacho y comarca haciendo el bien sin hacer ningún ruido. “El Imparcial” del día 18 señalaba nombre por nombre las 164 (!) entidades que desfilaron toda la noche, justificando de este modo con tanto nombre el titular del periódico: “Recibió Huacho en multitudinaria manifestación los restos del Padre Eusebio Arróniz”.

Así, hasta las 10’30 de la mañana en que, trasladados a la Catedral, se celebró la Misa exequial, y a las 12’00 eran llevados también en triunfo al Cementerio General para ser depositados en el serio, elegante y rico mausoleo, realizado por la Casa Roselló de Lima, y financiado por suscripción popular.

Finalizada aquella apoteosis, le preguntan a la Presidenta de la Acción Católica:

-¿Y a qué viene todo esto?

-Porque queríamos tenerlo cerca, aunque sólo fueran sus restos. Es como un protector de todos. Su fama de santo sigue en el pueblo, y nunca faltarán flores en su tumba. Su recuerdo continúa siendo un apostolado.

Pasaron los años desde aquel Agosto de 1962, y se llegó al 2009. Huacho entero, con su Obispo Mons. Antonio Santarsiero al frente, celebró el cincuentenario del fallecimiento del Padre con muestras inequívocas de amor al santo Misionero. Es el mismo Obispo que ahora prepara el traslado de los despojos desde el Cementerio a la Catedral el 18 de Agosto del 2012, y quiere hacerlo ostentosamente triunfal con los 100.000 habitantes que pueblan la Ciudad y los Anexos.

SUBIENDO A LOS PRINCIPIOS

“De nacimiento soy español, pero de corazón soy totalmente peruano, y mi patria verdadera es Perú”, dirá muchas veces nuestro Padre Arróniz, porque amará con pasión a Perú y a Perú se dará del todo. Muchos años más tarde nos relatará su amigo más íntimo, el Padre Alejandro Meza: “Era más peruano que todos los peruanos y le contrariaba muchísimo que alguien se permitiera poco aprecio de su patria adoptiva”. Así era. Pero hemos de remontarnos a sus primeros años, que se desarrollaron en la madre Patria.

En una familia cristiana

Había nacido en Zúñiga, un pueblecito con unos 300 habitantes, y casi minúsculo hoy, con sólo 130, en las cercanías de Estella, a no muchos kilómetros al suroeste de Pamplona en la Provincia de Navarra, colindante con Francia entre las Provincias vascas, Zaragoza y la Rioja. Es la tierra de San Francisco Javier, y Eusebio, que venía al mundo el 16 de Diciembre de 1885 y era bautizado el día siguiente, heredará de su paisano los arranques por la santidad y el celo abrasador del apóstol. Como hombre, además, se ufanará del vigor de los de su tierra, y será frase suya, hecha verdad a lo largo de toda su vida: “Un navarro nunca se dobla”.

Su padre, Ricardo Arróniz, un holgado campesino dueño de la casona familiar, y su madre Josefa Gómez, vasca de fuerte fibra cristiana, formaban un hogar ejemplar al que fueron viniendo hijos encantadores: Marcos, Genoveva, Eusebio, María... Pero la preciosa María fue el fin de la madre, que murió en el esfuerzo del alumbramiento. Josefa, a sus 35 años, se iba al Cielo mientras dejaba en la tierra a la niña primorosa. A Don Ricardo le pareció que se le hundía el mundo. Resignado a la voluntad de Dios, pero solícito de sus hijos, a los dos años les daba una nueva madre con Catalina Bujanda y Barraondo, viuda también, con la que contraía segundas nupcias en 1894. Eusebio amará a Catalina como a madre verdadera.

Muchos años más tarde, en 1923, nuestro Padre Arróniz escribirá desde Perú a su hermano Marcos al saber la muerte de su padre:

“No te puedes imaginar la profunda impresión, la pena y la amargura que ha causado en mi espíritu la triste nueva de la muerte de nuestro queridísimo padre: hemos perdido al ser más querido de nuestra alma, aquel que nos dio el ser, que veló nuestros primeros pasos, que sobre sus benditas rodillas nos enseñó a amar a Dios, que nos llevaba de la mano, cual ángel custodio, al santo templo, y allí, plegadas nuestras manos, rezábamos con él. Hemos perdido a aquel padre que nunca nos dio el menor mal consejo, que siempre trabajaba para modelar nuestro corazón según el Corazón de Jesucristo, que noche y día pensaba en nosotros, por nosotros se desvivía, que era el cariño de nuestro corazón, la luz de nuestros ojos, la alegría de nuestra vida. ¡Cómo no sentir profundamente, cómo no llorar con torrentes de lágrimas la pérdida, inmensa e irreparable pérdida, del ídolo de nuestro corazón, de nuestro amantísimo y queridísimo padre!”...

De tal palo vendrá tal astilla, como dice el refrán. Así era la familia de nuestro Padre Arróniz, cristiana de raíz, en la que también florecieron las vocaciones consagradas a Dios,

como las tías Justa y Petra Arróniz, Dominicas de clausura en Calatayud, y Josefa, a las que el Padre recordará continuamente.

De un vistazo

Para situarnos fácilmente a lo largo de todo el escrito, trazamos el calendario de la vida de nuestro Padre:

- 1885. Nace en Zúñiga, Navarra, España.
- 1910. Sacerdote, el 21 de Mayo.
- 1911. Destinado a Perú. Unos meses en Chile.
- 1912. Profesor en el Seminario de Lima.
- 1916. En el Colegio-Seminario de Trujillo.
- 1927. Párroco en Cajabamba.
- 1945. Párroco en Huacho.
- 1958. Destinado a Arequipa.
- 1959. Muere en Arequipa el 1 de Noviembre.
- 1962. Traslado de sus restos a Huacho.

Hacia el Altar y las Misiones

Eran los tiempos de los clásicos Seminarios Menores, y Eusebio ingresaba en el Postulantado de Alagón, a la vera del caudaloso Ebro cerca de Zaragoza, a sus 12 años de edad en el 1898. Muy joven, practicaba el Noviciado en Vic, ciudad cercana a Barcelona, y allí profesará en 1902 como *Hijo del Inmaculado Corazón de María*. Y como se acostumbraba por entonces, allí mismo recibían los 32 recién profesos la tonsura clerical de manos del sabio y santo Obispo Torres i Bages. Estudia dos años de Filosofía y tres de Teología en la célebre ex Universidad de Cervera, Cataluña, y dos años de Moral y Derecho otra vez en Alagón.

Durante estos años de los estudios su conducta será inmejorable y notable también su aprovechamiento. Las calificaciones eran indefectiblemente: en conducta, “*Meritissimus maior*”, y en talento el “*Meritissimus minor*”, es decir, la *máxima* en conducta y aplicación, y la *bonísima*, aunque algo inferior, en capacidad intelectual.

Tuvo como Superiores, formadores y compañeros a bastantes que en la Congregación Claretiana dejaron fama de santos y de sabios, como los Padres Félix Alejandro Cepeda, Mariano Fernández, Ramón Ribera, Ezequiel Villarroya, Mariano Aguilar, y los mártires Beato Felipe de Jesús Munárriz, José Puigdessens y Juan Blanc. Semejantes formadores imprimieron honda huella en su ánimo de santo y de apóstol que resaltará a lo largo de toda su vida.

Las Órdenes Menores las recibirá durante los años de Teología por manos de otro santo Obispo, el Padre Armengol Coll, Vicario Apostólico de Fernando Póo en la Guinea Ecuatorial africana, y finalmente será consagrado Sacerdote en Zaragoza por el famoso Arzobispo Cardenal Soldevila.

Ya Sacerdote, venía en Aranda de Duero el “Año de Preparación”, al final del cual el Padre General esparcía a todos por todas las partes del mundo donde la Congregación tenía sus misiones. Durante este año, los jóvenes Misioneros, en medio de los estudios, hacían sus escarceos ministeriales. Y el Padre Arróniz, en carta a los suyos, les cuenta cómo le fue en la Semana Santa:

“Mis queridísimos padres y demás familia... Ahora me estoy preparando para predicar en Mayo. El Padre Superior me envió hace quince días a un pueblo de más de mil quinientas almas para preparar a sus habitantes para el cumplimiento pascual. He tenido mucho trabajo, pero he vuelto muy contento, pues han cumplido todos menos dos; he estado en dicho pueblo una semana, ha habido días que he tenido que estar confesando desde las cinco y media de la mañana hasta las once en que he celebrado Misa, y desde las dos y media hasta las ocho; así no he tenido tiempo ni para rezar las devociones ordinarias. ¡Sea todo para la gloria de Dios! Tengo muchas ganas de trabajar donde quiera que la santa obediencia me ponga, pero sobre todo deliro por la predicación”.

En esta última frase nos descubre todo su ideal de apóstol. Dios se encargaría de satisfacer cumplida y ampliamente sus ansias de anunciar el Evangelio.

Y sí, el Padre General Martín Alsina, ¡santo, tan querido y gran gobernante!, se presenta en Aranda, entabla conversación particular con todos y cada uno de aquellos jóvenes sacerdotes tan idealistas, y, pensados los destinos, a nuestro Padre Eusebio le señalaba como campo de su acción misionera Chile, Bolivia y Perú, para donde se embarcaba en Barcelona el mes de Julio con ocho compañeros más y llegaban a Valparaíso el 24 de Agosto de aquel 1911. Unos meses nada más en Chile, y en Enero de 1912 ya lo vemos en nuestra Lima.

La estadía chilena fue indiscutiblemente muy agradable para el Padre, aunque las noticias que tenemos de ella son insignificantes. Predicó algunas novenas con su entusiasmo característico, y en una carta sin fecha a su familia, se expresa así:

“Tengo que ir a la ciudad de Valparaíso para hacer Ejercicios Espirituales. La gente es sencilla y muy piadosa, el terreno fertilísimo, el clima muy bueno, la ciudad tiene cuatrocientos mil habitantes, es muy hermosa. Por ahora no voy, como les dije, a Cochabamba en Bolivia, sino que me quedo en esta Capital de Chile”.

En estos cortos meses de Chile empezaba a gustar unas mieles que podrían haberle sido peligrosas, como le contará años más tarde a un compañero suyo, el cual por lo visto se aburría en España, y le recordará con humor sus primeras experiencias: “Mi confesonario era bastante frecuentado en Chile por ciertas personitas porque yo cantaba, predicaba, confesaba y era joven... El clima es siempre primaveral, el carácter de la gente afectuoso... Me dice usted que se halla en un verdadero destierro; véngase por acá y trabajaremos juntos y mucho”.

Para cuando escribía estas líneas en Trujillo, las dulzuras primeras ya se habían convertido en deberes serios y duros, en la cruz verdadera del auténtico misionero.

LIMA. En el Seminario de Santo Toribio

Cuatro años en la Capital que van a ser un poco anodinos. Profesor y formador de seminaristas, será más bien el Padre quien se forme para la vida que le espera después. Cumplirá muy bien sus cargos, pero en un anonimato algo desconcertante. Grano que cae en tierra para convertirse en espiga lozana...

Dolorosa, pero la realidad se imponía. En 1850-1860 el Seminario contaba con un total de 259 seminaristas entre mayores y menores; en 1909 eran 7 los mayores y 41 los menores. El nuevo Obispo de Lima, Mons. Pedro Manuel García y Naranjo, que fue por más de treinta años digno profesor y Rector del Seminario, no se lo pensó más, y, contra muchos pareceres adversos, entregaba la dirección, administración y enseñanza a los Misioneros Claretianos, de los cuales le decían:

-Señor Arzobispo, ¿se da cuenta de que son religiosos y además extranjeros? ¿Es esto lo que nos conviene?

Pero el Arzobispo se mantenía firme, pues la decisión le vino inspirada, según parece, por el Cardenal Rampolla, aquel famoso Secretario de Estado del Papa León XIII. Los Superiores de la Congregación, con bastante temor, digámoslo claro, aceptaron el reto de un apostolado que les resultaba nuevo del todo. Y pusieron al frente un equipo del que decía con humor un profesor prestigioso: “Tienen ahí un respetable claustro de doctores, como para dejar bizcos a los mismos sabios de Atenas”. Y era verdad. El Padre General mandó desde España a los sujetos más brillantes que pudo encontrar en sus seminarios internos, sabios por de pronto, y sobre todo ejemplarísimos sacerdotes, de quienes decía: “Son todos escogidos, pues queremos que empiece bien semejante fundación”.

Porque era cuestión de elevar a su esplendor tradicional al primer Seminario de América, fundado por el mismo Santo Toribio de Mogrovejo, que lo inauguraba con 28 candidatos al sacerdocio en el año 1591, y, haciendo honor a su nombre, lo ponía bajo la protección de su patrón Santo Toribio. El siglo XIX había resultado fatal, por causas de todos conocidas, sobre todo de orden económico al haber perdido la Iglesia todos sus haberes. A mediados de siglo, el Arzobispo Sales Arrieta se vio obligado a cerrar el Seminario por haberle fallado todas sus rentas, hasta que con verdadero tesón lo restauró el Arzobispo Luna Pizarro y lo inauguraba en 1859 su sucesor Monseñor Pasquel. Quizá por pura necesidad económica, se abrió con poco acierto en su doble sección mixta de colegio secular y seminario eclesiástico.

A principios del siglo XX la Iglesia tomaba la restauración de los Seminarios como su objetivo prioritario. Ya antes en Roma, bajo la mirada atenta y aprobación eficaz del Papa Beato Pío IX, se había fundado el “Pío Colegio Latinoamericano”, que estaba dando magníficos Sacerdotes y Obispos a nuestras tierras americanas.

Al instalarse en Cocharcas los dos primeros Padres expedicionarios, dieron inmediatamente pruebas de que venían a Perú como “Misioneros”, pues empezaron a dar catequesis y a predicar hasta cinco sermones diarios, en especial el brillante Padre Mariano Aguilar.

El 10 de Marzo de 1910 salían de Cocharcas los Padres y se instalaban en el Seminario de Santo Toribio, establecido en el inmenso convento colonial de San Francisco de Asís; el Arzobispo les daba la toma de posesión, y aquella misma tarde iniciaban los Ejercicios Espirituales a los seminaristas. El día 28 empezaba el curso con todos los alumnos, 48 seminaristas y 58 colegiales externos.

El Arzobispo y los Misioneros, íntimamente compenetrados, se entendieron desde el principio a perfección. Pero pronto sobrevinieron las dificultades. La economía, el mal endémico de todo el siglo XIX y con el que se iniciaba el XX; el montón de asignaturas que entre tan pocos profesores habían de impartir y para las cuales se preparaban con pundonor; los elementos indeseables entre los seminaristas, pocos pero peligrosos, y a los que hubo que despedir; el inacabable chismorreó de quienes no admitían a religiosos extranjeros como directores del Seminario, etc. etc..., puso a prueba seria los principios de la nueva organización.

Todo esto era de prever, pero pronto se superó con el empeño de unos y la buena voluntad de todos. Los Padres cuidaron muy especialmente del orden espiritual de los seminaristas internos, sin descuidar por eso a los alumnos externos. Para ello, miraron ante todo la **piEDAD**, detallando los ejercicios de oración diarios, semanales, mensuales..., que se exigían con seriedad, y de los cuales cuidaba el Prefecto señalado expresamente para este fin, como indicaba el Padre Rector:

“Para ayudar a la adquisición de la virtud, hemos establecido un Director Espiritual de permanente atención a los seminaristas. Él les ha dirigido diariamente la meditación de la mañana y las demás prácticas piadosas establecidas en el reglamento, y les ha dirigido los Retiros mensuales y los Ejercicios Espirituales del principio del curso. Los ha oído en confesión siempre, y se le ha eximido de toda clase y de todo trato con los alumnos que no sea relativo a sus conciencias. Fruto muy precioso de esta facilidad es acaso el comulgar diariamente los más de los seminaristas”.

Nada decimos del estudio, cuyos descuidos anteriores se acabaron para siempre. El curso de 1910, para ser el primero, hay que decir que acabó de manera brillante: de 352 exámenes rendidos, 129 merecieron el “sobresaliente”; 233 el calificativo de “bueno”; y uno solo el “aplazado”.

El curso de 1911 se presenta con una característica trascendental al dejar el Seminario de ser Diocesano, por consejo expreso del Papa San Pío X, para convertirse en “Seminario Central” de las ocho diócesis de Lima, Cuzco, Trujillo, Ayacucho, Arequipa, Puno, Huácamo y Huaraz, con que entonces contaba la Iglesia en Perú. Las diócesis mantendrían en sus territorios los Seminarios Menores, pero todos los alumnos mayores se prepararían juntos en el Central para recibir el sacerdocio. Se esperaban grandes ventajas, como así fue, pero se agrandaban también las dificultades. Al fin, todo resultó magnífico. ¿Y la Dirección? Calibrada la acción de los Misioneros Claretianos en el primer curso, ni el Delegado del Papa ni los Obispos quisieron otros Directores.

Y del Padre Arróniz, ¿qué?...

Ha sido imprescindible decir todo lo anterior sobre el Seminario para situarnos debidamente en la vida y actuación de nuestro biografiado.

Fiel a la consigna del General de poner en el Seminario lo mejor que tuviera, el Provincial de Chile Padre Anselmo Santesteban había tenido bastante con cinco meses para sopesar el valor del joven Padre Arróniz, al que se traía consigo a Lima en Enero de 1912 en vistas al curso escolar que pronto iba a comenzar.

Aunque, al hablar de él, estemos al tanto para no llevarnos una decepción. Miramos crónicas, informes, relaciones sobre la marcha del Seminario, y apenas aparecen nombres propios, a pesar de que en 1916 ya son unos 14 ó 15 los Padres que lo regentan. Era cosa de equipo, y el mérito se repartía entre todos por igual, de modo que los nombres propios quedaban reducidos a indicar el cargo que desempeñaba cada uno, y en cuanto alabanzas quedaban todas en un anonimato edificante. Todo era de todos, las glorias como las preocupaciones y los trabajos, sin más testigo y premiador que Dios. El Padre Arróniz, metido entre todos, será uno de tantos y nada más, porque apenas si tenemos noticias personales suyas en sus cuatro años de servicio al Seminario.

La intención de los Superiores era clara. Viendo en el joven Misionero un sacerdote eminentemente espiritual, lo traían, dice su necrología, “para regular en el Seminario el cargo de Prefecto de los seminaristas, cargo que lo tiene entretenido por dos años, y fue nombrado también Prefecto de Cosas Espirituales”. Hemos visto antes lo que esto significaba: estar al tanto de la piedad y oración de los alumnos, dirigir sus conciencias y ser él, ante todo, el modelo de una entrega total a Dios.

Un profesor como los demás

No dejó por eso de aportar sus energías al esfuerzo de todos en el magisterio, y así lo vemos profesor de Literatura, Historia General, Castellano, Dibujo, e Historia de Perú en particular, la cual será su fuerte en todos sus años de magisterio, ahora y después en Trujillo. Valía para todo, sigue diciendo su necrología, no se negaba a nada, y jamás salió de sus labios la palabra “¡No!” ante cualquier deber que le echaran encima, como el cargo tan duro de Ecónomo que también hubo de desempeñar durante dos años, hasta que fue destinado a Trujillo en 1916.

Las veladas literarias jugaron siempre con los Claretianos un gran papel en la formación de los seminaristas y colegiales. Dadas sus grandes cualidades de artista y de músico en particular, el Padre Arróniz actuaba siempre en ellas con entrega y mucha competencia. Miremos una muestra nada más, con carta de 1913 a su familia:

“El 30 de Agosto celebramos una solemnísimas velada literario musical para conmemorar el decimosexto centenario del triunfo definitivo de la Iglesia. A esta velada asistió lo mejor de esta Capital... (y sigue con los nombres ilustres de las personalidades del Gobierno, Arzobispado, Nunciatura, Embajada Española, y lo más granado de la sociedad limeña). En el drama de Constantino y Majencio entraron cerca de cien seminaristas vestidos a la romana. Nuestro Orfeón, que es el primero de la República, cantó hermosos cánticos. Entre

ellos eché un “Solo”. También nuestra Orquesta, compuesta de quince instrumentos, ejecutó preciosos himnos y marchas, entre ellos tomé yo parte tocando un instrumento que he aprendido, el “Violoncello”. Me ha servido de Maestro un músico español, andaluz muy gracioso”.

No abundan cartas como la anterior, pues el tiempo de que disponía no le daba para muchas distracciones, como confiesa a las tías monjas Dominicanas de Calatayud:

“Me piden ustedes que les escriba largo, esto es, muchas cosas de estas tierras. Pero me es un imposible, estoy lleno de ocupaciones, y hay que preparar bien a los seminaristas; además, tengo que prepararme para darles buenas explicaciones de las ciencias... Se acercan las vacaciones; siguiendo la costumbre, iremos a pasarlas junto al mar para en él tomar nuestros reconfortantes baños y reponernos del trabajo bastante pesado del curso: no teman ustedes, queridas tías, que alguna ola brava quiera engullirme en su seno, ya tengo el suficiente cuidado”.

Lo dejamos disfrutar de sus vacaciones en el mar, bien merecidas y hasta necesarias para sus salud. Tanto él como los Superiores estaban satisfechos de su intensa y eficaz labor, pero empezaron a vislumbrarse otros horizontes...

TRUJILLO. Una noticia preliminar

Cualquiera diría que todo va a seguir igual que en Lima: un Colegio-Seminario con los mismos trabajos, anonimato idéntico y resultados iguales. Pero, no; aquí el Padre Arróniz adquirirá fama y las formas de su apostolado traspasarán los límites de la gloriosa Ciudad.

Cuatro cursos había gastado el Padre Arróniz en Lima, pero el de 1916 iba a ser para otro Seminario y Colegio en el cual va a jugar un gran papel, pues pronto se demostrará su gran valía por la experiencia que se llevaba del Seminario limense. La salida de Lima, además, le iba a ahorrar el disgusto, aunque faltaban todavía seis años, de dejar el Seminario Central en que tantas energías estaba derrochando y en el que tenía puesto el corazón. Fue decisión de la Asamblea de los Obispos romper en 1922 el contrato que tenían con los Misioneros Claretianos, aunque “la única razón es el contar con suficiente elemento del Clero secular para atender a las necesidades del Seminario y que, por lo tanto, se cumple con el deseo de la Santa Sede que prefiere a dicho Clero secular para la dirección de los seminarios. Se manifiesta además el profundo agradecimiento a los Misioneros por la labor desarrollada en la dirección del Seminario de Lima y a la Iglesia del Perú”.

El Obispo Mons. Carlos García Irigoyen no estaba conforme con que los Misioneros dejaran el Seminario Central de Lima porque, desde hacía ya varios años, percibía los frutos abundantes que aquellos Directores producían en su propio Seminario de Trujillo, regido desde 1914 por los Claretianos. ¿Y por qué los había llevado allí?

Trujillo era una ciudad soñada, lo más distinguido de la República, y no hace falta traer la historia de sus glorias pasadas. En los días que aquí nos ocupa, la instrucción estaba representada por la Universidad y por varios Colegios de Enseñanza Media y Primaria, entre todos los cuales sobresalía por lo antiguo y prestigio el Colegio Seminario de San

Carlos y San Marcelo, cuna de la enseñanza superior trujillana, formadora de tantos ciudadanos ilustres.

En este Colegio Seminario se establecían los Misioneros, porque el Obispo le insistió tanto al General Padre Martín Alsina que al fin logró hacerse con los servicios de la Congregación. Sin embargo, no había transcurrido todavía un año cuando el Padre General estuvo a punto de rescindir el contrato. La vida de los Padres resultaba un drama por la extrema pobreza en que habían de vivir.

La economía estaba por los suelos, ya que en Trujillo había llegado a un extremo fatal. Todos los haberes de la Iglesia, adquiridos por la supresión de los antiguos conventos religiosos suprimidos, se los tragaba el Colegio, chupados por los maestros, que se los adjudicaban como propios. Los recién llegados Misioneros no tenían ni para comer, pues la compra de los alimentos se hacía cada día en pequeñas cantidades con los míseros ahorros que hubiera en casa. Murió inesperadamente el Vice Rector Padre Constansó, y lo que costó el nicho no se pudo pagar hasta un año después (!).

Este estado de cosas venía desde 1854 al haberse hecho separación de las dos secciones tradicionales de alumnos aspirantes a sacerdotes y los que aspiraban a una carrera meramente civil, para los cuales se fundó el Colegio Nacional de San Juan, al cual fueron asignados los ingresos de aquellas rentas de los suprimidos conventos de la Merced y San Agustín.

A pesar de todo, había que comenzar, y los Misioneros tomaron una resolución heroica: arreglo del edificio por cuenta propia con préstamos de la misma Congregación, y asumiendo ellos mismos toda la enseñanza sin sueldo alguno.

Además, el prestigio del Colegio estaba por los suelos. Las familias no le entregaban sus hijos, y los alumnos de los otros centros educativos se divertían en grande rechiflando por las calles a los pobres carlinos:

-¡Bobos!... ¡Y todavía a clases de religión en estos tiempos!... ¡Les quieren hacer curas comesantos!...

Los Misioneros, aparte de mejorar el edificio, se echaron encima las 49 asignaturas que entrañaba la Enseñanza Media con cuatro clases diarias, y supieron soltar la contrapropaganda entre sus alumnos:

-¡No teman esas críticas!... ¡No envidien a los otros Colegios!... ¡Pronto se van a reír ustedes de ellos!... ¡Ya verán la altura a que llega el San Carlos!...

Así las cosas, surgió en la Comunidad Claretiana el hombre providencial que Dios se guardaba para que no se hundiese una empresa tan prometedora: el Padre Nicolás Alduán, que iba a luchar a brazo partido con abogados no siempre tan respetuosos con su propia conciencia. Metido el Padre en archivos del Obispado y de la Municipalidad, y revolviendo papeles y más papeles donde pudiera hallar una pista, llegó a concretar y clasificar todos los bienes que correspondían a la Iglesia, los cuales, puestos en el Obispado, debían ir a parar en el Colegio Seminario. El Padre Nicolás realizó una labor ingente que le pudo costar muy cara, pues por poco pierde del todo la salud, ya que hasta deliraba por las noches a causa de la fiebre altísima, cuando ya estaba cerca la solución salvadora:

-¡Esas malditas enfiteusis nos han salvado la situación!...

Esta era la verdad. El horizonte empezaba a despejarse. Porque al fin, estudiado seriamente el asunto, el Gobierno Supremo asignó aquellos bienes al seminario con sentido elemental de justicia. Los Padres podrían trabajar ahora con gusto, aunque fuera también con esfuerzo heroico. El Colegio, recibido en 1914 con 84 alumnos, en el curso siguiente se abrió con 128, y, al acabar el primer decenio, estaban en los 442, de ellos 34 seminaristas; y todo con Primaria, Media y hasta con sección universitaria por la Filosofía y Teología.

No se debe silenciar la segunda causa del triste estado del Colegio Seminario al ser aceptado por los Misioneros, que estuvieron a punto de marcharse ya en el primer año. Ellos se hacían cargo del Seminario como tal, aunque aceptaran también el Colegio. Pero el Seminario estaba sin vocaciones eclesiásticas, por más que se llamase Colegio SEMINARIO. Se veían imposibilitados de formar seminaristas por la sencilla razón de que no había sujetos a quienes formar. Pero los Padres aceptaron serenamente la realidad y trabajaron con denuedo en las dos secciones. Además, acertaron a seleccionar alumnos menores y empezaron con nueve muchachitos. Naturalmente, que la atención primera y los mimos más exquisitos se los llevaban los seminaristas. Para éstos se establecieron clases de latín desde el primer año hasta llegar después a la Filosofía y Teología.

Los Padres, con una gran conciencia de su misión, empezaron por dar ejemplo de sacerdotes y religiosos ejemplares, dados a la oración, observantes, entregados.

Siguieron la campaña vocacional, y el Seminario fue tomando fama, de modo que mandaban alumnos de otras diócesis a este Seminario modelo. Como hizo el Arzobispo de Cuzco, que se mostró pedigüño insaciable, hasta que consiguió del Padre General Misioneros que regentaron desde 1917 hasta 1948 el Seminario de tan importante Arquidiócesis. Aquellos primeros muchachitos iban creciendo bien formados y con ilusiones, de modo que, al finalizar el decenio, eran ya 34 los seminaristas mayores, llegaron bastantes al sacerdocio, y el primero que fue ordenado no tardó mucho en ser consagrado Obispo.

Como Colegio y Seminario a la vez, el Colegio Seminario estaba retornando a sus antiguas glorias. Cuando dejen los Misioneros aquella Comunidad en 1960, habrán sido 56 los Sacerdotes ordenados de la Diócesis de Trujillo, aparte de los otros de diversas diócesis que en él se formaron. Y el Colegio solo, sin contar los seminaristas, hubo año que sobrepasó con holgura los 900 alumnos.

Y aquí viene el Padre Arróniz

A los dos años de inaugurado el Colegio Seminario, así reformado por los Misioneros, llegaba el Padre Arróniz con esperanza cargada de ilusión. Pudo haberle gustado Lima, y le gustó de veras, pero en Trujillo, desde 1916, es donde el Padre va a desarrollar con mucha más libertad y mayores iniciativas sus dotes de profesor y formador de la Juventud. Es posible que su primera impresión no fuese del todo halagüeña, tal como lo vemos en la descripción que hacía para los Anales de la Congregación, copiada aquí al pie de la letra:

“El campo donde se ha desarrollado nuestro celo ha sido la educación cristiana de los alumnos. La juventud trujillana, los dos mil jóvenes que forman los Colegios, gracias a una enseñanza indiferente en materia religiosa, y en algún instituto abiertamente atea,

presentaba a nuestra llegada un cuadro desolador en religión; los liceos, lejos de ser centros de sana educación, eran más bien centros de corrupción, donde los niños perdían su inocencia y aprendían de labios de preceptores volterianos a reírse de todo lo santo, a tener por mito los relatos bíblicos, a poner en tela de juicio la existencia de Dios y a negar todos los dogmas y misterios de nuestra santa Religión; de los mandamientos de la Iglesia no cumplían ninguno, y de los del Decálogo sólo el segundo en lo que respecta a la blasfemia y el quinto en lo que concierne al homicidio; inútil, por lo tanto, decir que los jóvenes escolares frecuentaran los sacramentos, ni tuvieran la menor práctica religiosa”.

Al principio, como se ve, no eran rosas lo que aparecía a los ojos del Padre Arróniz, sino espinas que habían de punzar sus manos formadoras. Pero, ¿desanimarse por eso este apóstol de los jóvenes? Todo lo contrario. ¡A empezar con energía!... Pronto veremos cómo el cuadro cambia por completo científica y moralmente.

A no soñar sino en el Colegio

Las asignaturas que le asignan para enseñar son prácticamente las mismas que las de Lima, aunque se queda con la tan querida para él de la Historia de Perú, y se distinguirá como director de Música y, sobre todo, en el fomento de los Deportes del Colegio. La enseñanza era importante en la mente del Padre, aunque él se propuso ser ante todo y sobre todo “Misionero”: un día en la sierra, más adelante en la parroquia, hoy en el Colegio.

Hemos visto por la relación del Padre Arróniz el ambiente antirreligioso, tan típico del siglo XIX y principios del XX, que se respiraba en Trujillo como en todas partes, cuando la palabra “ciencia” era la que pronunciaba continuamente cualquier presumido ignorante para mofarse de la religión.

Entonces, lo primero que había que hacer en el Colegio era meter a Dios en su sitio, aunque rabiasen y pataleasen maestros y alumnos de los otros centros docentes. La Memoria del Colegio dice sin más:

“La práctica religiosa se ha venido inculcando y practicando en nuestra juventud claretiana del Colegio con la máxima intensidad que permiten las actividades consignadas en el Plan Oficial del Estado”.

La consigna fue:

-¡La fe y la moral religiosas son nuestras asignaturas primeras!

Esto decía el Colegio en 1916 al llegar el Padre Arróniz, y sigue la Memoria al concluir el curso:

“La formación religiosa va calando poco a poco en el alumnado. En cuanto a la parte moral de la educación, no hemos perdonado esfuerzos para procurarla en los alumnos. La Misa en los días de precepto; las pláticas morales y catequísticas; las exhortaciones particulares; la vigilancia continua; el santo Rosario con el canto de la Salve en la tarde de los sábados; las comuniones generales...han sido algunos de los medios de que nos hemos servido para hacer de nuestros alumnos, no hombres simplemente honrados a lo mundano, sino cristianos prácticos que valoran su conducta no sólo para con la sociedad, sino principalmente para con Dios y no se avergüenzan de cumplir los preceptos divinos en presencia de todo el mundo sin temores y sin cobardías”...

Los Misioneros, con el Padre Arróniz a la cabeza como Prefecto Espiritual, no se fueron por las ramas ni se acobardaron por las críticas de los de fuera que llamaban a esos medios monsergas de “beatos”. Tomaron el acuerdo de “prestarse a oír a los alumnos en confesión. El Director Espiritual y tres confesores estarán dispuestos a celebrar Misa a las 6 de la mañana y a oír en confesión a los alumnos que lo deseen. Y para fundamentar estas prácticas de piedad sólidamente se implantó desde el principio el “Curso de Religión”, que se desarrolló siempre con seriedad y gran provecho.

¿Era todo esto verdad? El Padre Arróniz lo consigna en los Anales de la Congregación:

“Los alumnos rezan el santo Rosario y realizan la visita al Santísimo. Muchos de ellos comulgan tres, cuatro y más días a la semana. Los medios que hemos empleado para conseguir frutos tan halagüeños han sido las conversaciones con ellos, las explicaciones sobre religión, y las conferencias catequístico-apologéticas que todos los domingos y días festivos da a todos los colegiales el Rector”.

Iban quedando lejos los días de las rechiflas por las calles a los alumnos del Colegio San Carlos, cambiadas ahora por muestras de respeto y admiración... El Colegio era diferente, y las familias se sentían orgullosas y seguras. Cuando empezaba a correr el eslogan comunista de “la religión, opio del pueblo”, nuestro Colegio demostraba que la palabreja “Dios” no era ninguna droga estupefaciente, sino la píldora de más vitaminas...

Los estudios van hacia arriba

Porque junto a la fe y la conducta moral, empezó a sobresalir el Colegio por el rendimiento grande en el plan científico y cultural. Sabemos el pobre aspecto que ofrecía el plantel aquel primer año de 1914. Sólo dos años después, el curso 1916 acababa con 427 sobresalientes, 870 aprobados, aplazados 67 y reprobado ninguno.

Los Padres estimularon el orgullo sano de los alumnos con el acto semanal de los jueves. Implantaron las conferencias científicas compuestas y pronunciadas por los de Media y 2º de Primaria. “Reunidos en el salón de Música o Dibujo todos los grados de Media y Segundo Grado de Primaria, para escuchar la disertación de algunos de los compañeros sobre Historia, Geografía, Matemáticas, Lenguas, Literatura, Ciencias Físicas y Naturales, Religión y Moral, era incalculable el efecto de emulación, interés por la ciencia, afición al estudio, amor patriótico, respeto a la Religión y elevación moral que estas conferencias producían en el estudiante”.

En el orden cultural, con el Padre Arróniz siempre como profesor de Historia de Perú, “los alumnos recorrían estos años muchas ruinas de Chanchán y las Huacas del Sol y la Luna de los pueblos aborígenes”.

La Música se tomó no como simple adorno o para diversión, sino como algo importante en la formación. Sus clases, igual que las de Dibujo, se desarrollaban con fidelidad y pundonor. Pero el año 1916 el Padre Nicolás Alduán, con la llegada del Padre Arróniz, que sería el conocido “Maestro de Capilla”, se decidió a fundar el Orfeón del Colegio. Muy pronto destacó tanto en veladas y otras actuaciones, que en 1919 se le encomendó nada

menos que el canto en la Catedral con el Padre Berástegui como organista. La batuta del Padre Arróniz iba adquiriendo prestigio, hasta que le llegó el regalo de todo el instrumental para una banda y la orquesta.

El prestigio del Colegio crecía. Y una demostración por todas. En 1917, ¡y estamos, diríamos, en los comienzos!, se celebró el Tercer Centenario de Santa Rosa de Lima, Patrona de Perú y de América. Elegido para la celebración central, el Colegio Seminario. Más de 3.000 jóvenes de todos los centros educativos, masculinos y femeninos, se dieron cita en él, y de él arrancaron todos los festejos ciudadanos, como el imponente desfile por la población. Y en 1921, Centenario de la Independencia, el Seminario remitía a la Capital 70 expedicionarios que participaron en todos los actos propios o aptos de su condición clerical. Los seminaristas destacaban hasta en el deporte, de modo que el año 1926 su flamante equipo de fútbol se proclamaba campeón.

Todo Trujillo se percataba de la excelente formación tanto ciudadana como patriótica que se impartía en el Colegio el cual empezaba a hacerse famoso en todo el Norte de la República y bastante lejos hacia el Sur. Lo expresó como ninguno la primera autoridad trujillense, el Sr. Temístocles Molina al clausurar el curso de 1922, a sólo ocho años de aquella restauración heroica de los Misioneros: “El Colegio Seminario es justamente considerado como uno de los mejores en su género, no sólo en el Norte de la República sino en el País entero”.

Y vienen los famosos Scouts

“Famosos”, y con toda razón. El Padre Arróniz va a figurar como el líder egregio del esculptismo en Perú. ¿Por qué se dedicó a semejante actividad, al parecer no del todo conforme a su condición de sacerdote? La pregunta se la hacemos a él mismo:

-Padre Arróniz carísimo, ¿qué concepto le merece a usted la formación física de los jóvenes? Lo vemos siempre como el alma del fútbol, el basket, la pelota vasca y la bicicleta. ¿Por qué?

-¡Vaya pregunta! ¿Saben ustedes el dicho latino “mens sana in corpore sano”, un alma sana en un cuerpo saludable? Ya les he dicho todo, y se lo he repetido muchas veces. Es el único principio que me ha guiado al fomentar tanto el deporte. Formemos jóvenes físicamente vigorosos, psicológicamente serenos, de temperamento equilibrado, generosos con el rival, aptos para solucionarse las necesidades de la vida, sin quejas tontas..., y ya me dirán qué hombres se forman para el porvenir.

-¿Y por eso fomenta usted tanto el fútbol?

-El fútbol y cualquier deporte, y en especial eso a lo que ustedes apuntan: el esculptismo.

-¡Los scouts! Aquí le queríamos, Padre...

Efectivamente, el Padre Arróniz, siempre con fama de hombre espiritual, de Sacerdote algo místico, se metía con extrañeza de todos a jugar en el fútbol, o, mochila al hombro, se ponía al frente de los muchachos que lanzaba a la montaña y asentaba en un campamento. La idea la tuvo nada más llegar a Trujillo, pues aquel mismo año se presentaba en el Colegio algo nuevo hasta entonces en Perú. Todos vieron venir con admiración al Sr.

Respighioni con su brigada de Boy Scout de Barranco con 38 niños. El Padre Arróniz observó, meditó, rezó, y se decidió. Con el Profesor de Gimnasia el Sr. Modesto Rodríguez se constituía en el fundador de los Scouts del Colegio Seminario al crear la Brigada Trullillo II.

Las excursiones escultistas

Ahora, a no quedarse en teorías sino a emprender las primeras expediciones, apoyadas, digamos la verdad, por los otros Padres que les dieron su aprobación plena y se gloriaron de formar parte en ellas, como los Padres Oquillas, Alduán y Gondra.

Empezaron con las más sencillas, citadas antes, de las ruinas de Chan Chan, las Huacas del Sol y de la Luna, los arenales de Huanchaco, o se establecían en las grandes haciendas que les brindaban sus terrenos. Pero pronto vinieron salidas más comprometedoras, como la de Otuzco en 1919 y la de Cajamarca que duró 21 días. Miremos cómo describe el Padre la de Otuzco en carta a su querido padre Don Ricardo, con fecha 20 de Febrero de 1920:

“El 14 de Diciembre salí con los niños exploradores haciendo una caminata de doscientos kilómetros; casi todo el camino lo hicimos a pie; los niños fueron treinta, todos muy bien vestidos y uniformados; cada uno llevaba una mochila, un morral, una cantimplora, una carpa, una manta y una gran vara que sirve de arma. De los pueblos que íbamos pasando salían las gentes a ver a aquellos estudiantes tan simpáticos; el término de la excursión era la ciudad de Otuzco. Como eran las fiestas había muchos miles de personas en ella; salió a recibirnos una muchedumbre al frente de la cual iban las autoridades y una banda de música; a nuestro paso iban echando cohetes y cuando llegamos a la Plaza Mayor el Gobernador nos dio la bienvenida en un discurso; yo tuve que contestarle con otro discurso. Al cabo de una semana nos volvimos llenos de salud; en otra carta se lo contaré más despacio. Ahora tengo que contestar a muchas cartas, oficios, etc. etc. Estoy abrumado de trabajo”.

Magnífico ciertamente lo que nos cuenta el mismo Padre Arróniz de esta excursión. La salida más famosa, sin embargo, fue la de Piura, que conllevó unos esfuerzos heroicos casi. Mereció una descripción detallada del Padre Oquillas en la Memoria del Colegio y otra del Padre Nicolás Alduán, de las que sacamos, mezcladas, los párrafos más salientes.

“Hábilmente dirigida por el Padre Eusebio Arróniz fue la excursión que en las vacaciones del año pasado hizo al Departamento de Piura. Profundamente *educativa*, eminentemente *práctica*, ha dado a los jóvenes materia abundante de conversaciones prolongadas, amenas y provechosas. Una sola excursión de éstas vale por un curso entero de disquisiciones científicas; lo que en ella se aprende, difícilmente se olvida. Los medios de locomoción que usaron fueron tan variados, que fuera de la aviación, no les quedó ninguno por experimentar.

Anduvieron a pie, a caballo, en toda clase de acémilas, en tren, en auto, en vapor mercante, en buque de guerra, en balsas y lanchas de toda clase y tamaño; todo lo han experimentado, todo lo han probado y en el mismo viaje, han conocido los establecimientos petrolíferos de Talara y Negritos; han contemplado el hermoso valle del legendario río de la Chira; han paseado la ciudad, patria de Grau; han visitado sus principales monumentos históricos y artísticos; han visto las poblaciones de Payta, Sullana y Catacaos. Salieron a su

encuentro muchos niños y niñas de los Colegios. Aquí también dieron sus veladas y se hospedaron en la Municipalidad. Desde Catacaos hasta la hacienda del Diputado Sr. Cerro tuvieron que andar unos a pie y otros montados en acémilas. Los de Casagrande los esperaban en los caminos y con ellos recorrieron sus oficinas. En Chilete, término del ferrocarril, se vieron sorprendidos por la cabalgata que salía para recibirlos y así llegaron a la ciudad con los ¡vivas! del pueblo, que los aclamaban sin cesar. Los recibió el Colegio Nacional de San Ramón. Pero la visita más interesante fue la realizada a los pozos petrolíferos de Talara, donde recibieron enseñanzas de todo el proceso extractivo y de su refinado para la venta. Los muchachos han vuelto a su Colegio orgullosos de haber realizado una excursión semejante y agradecidos al mismo, que les adelantó el dinero necesario para los pasajes del vapor. Este acto de generosidad del Colegio espoleó el amor propio de los excursionistas, que trabajaron como buenos. Como recuerdo de esta expedición presidida por los Padres Arróniz, Gondra y Alduán, los estudiantes llevan en su estandarte una medalla de oro macizo obsequiada por el Sr. Alcalde de Piura”, y de la cual leemos: “Esa medalla, conservada en caja de seguridad, es una hermosísima placa de oro tallada que luce una histórica inscripción: Eduardo Reusche, Alcalde de Piura, a la Brigada de Boys Scouts del Colegio Seminario de San Carlos y San Marcelo con motivo de su excursión a Piura en Enero de 1923”. Y sigue: “La placa de oro fue tasada en la ciudad de Trujillo hace varios años por el reconocido extinto mrtillero Don Miguel Checa Solari, que la valorizó en 50.000 dólares americanos”.

Todo resultó estupendo. Al regresar, les esperaba en la estación un verdadero gentío, con la Banda del Regimiento No. 5. Vino entonces la sorpresa mayor. Se le adelanta entusiasmado el Sr. Alfredo Pinillos, padre de uno de los excursionistas, y le dice:

-¡Qué bien que lo hace Usted! ¡Y cómo me gusta la música que dirige! Acepte mi regalo: el instrumental completo que forme una banda y una orquesta.

No fueron palabras vacías. Llegaron de París los instrumentos plateados para la banda de los desfiles y los más finos para la orquesta de las veladas, grabados todos con el escudo del Colegio.

El espíritu que animaba todo

No hace falta seguir copiando de las excursiones escultistas. Lo interesante para nosotros es la persona del Padre tan querido, de quien el Padre Nicolás, traza esta semblanza como jefe de los scouts:

“Era el Padre Arróniz entusiasta de todo deporte; su carácter abierto, comprensivo, **sacrificado hasta el heroísmo**, atraía la confianza y el cariño de los jóvenes. Le querían como a un padre y a un amigo mayor. Su cuerpo desconocía la fatiga y no rehusaba trabajo alguno que redundara en beneficio de los jóvenes y en prestigio del Colegio. A esto unía inteligencia despejada y afición a los estudios, en especial históricos, en los que era aventajado. En una palabra, estaba acortado para jefe indiscutible de la Brigada”

El Padre Arróniz no buscaba sino la formación de los jóvenes, y con el escultismo mezclaba la música, las conversaciones amistosas, y, más que nada, la instrucción religiosa con charlas amenas. Que todo eso no era para él una distracción divertida, sino una

entrega dura y generosa, nos lo ha dicho el Padre Alduán con esas palabras que hemos resaltado expresamente: “sacrificado hasta el heroísmo”. A su oración continua añadía siempre un trabajo agotador con los jóvenes. Eso lo hacen solamente los santos de mucha categoría.

Misionero en el profesorado

A la distancia de cien años, cuando comenzaron los Padres con los Colegios-Seminarios de Lima y Trujillo, nos parece inconcebible cómo la Congregación Claretiana puso como la mayor dificultad para aceptarlos el que la enseñanza les privaba del fin principal de su vocación: ser “Misioneros”. Para ellos, ser *Misionero* era dirigir Misiones populares, Ejercicios Espirituales, Retiros, en una palabra, dedicarse a la Predicación, y era más importante el sermón panegírico de una fiesta patronal que la clase en un Colegio. Así se pensaba. Y ya lo vimos: los primeros Padres que llegaron a Lima, y hasta que tomaron el Seminario, desde Cocharcas resultaron unos “Misioneros” de categoría, dedicados a la predicación como lo más natural del mundo para ellos.

Entonces, aceptados los Colegios-Seminarios, ¿qué debían hacer para no ser infieles a su vocación?... Predicar, no había más remedio. Y con verdadero heroísmo, se echaron encima sobre la enseñanza abrumadora que ya llevaban, el deber de predicar cuanto podían. Lo expresa así el Padre Nicolás Alduán:

“La atención absorbente de la enseñanza y la conciencia del deber docente que se menoscaba con el asiduo ministerio de la Palabra, cortan las alas del catedrático misionero en su anhelo de volar por los espacios en busca de almas”.

¡Muy bien dicho!, porque así se pensaba entonces. Y los Padres del Colegio sacaron la consecuencia valiente, como expresa el mismo Padre Alduán:

“El Misionero claretiano no se ha contentado con el ministerio del Seminario; urgido como su Padre Antonio Ma. Claret, no descansa y el tiempo libre de vacaciones, indispensables para reparar las fuerzas perdidas en el bregar de la enseñanza, lo emplea en otros ministerios”.

Pues, bien; a pesar de dedicarse “tan poco” a la Predicación, sobre todo en las “vacaciones” (!), por no poder más debido a la enseñanza, la crónica de la Comunidad conserva las cifras de estos años:

Misiones, 14.

Ejercicios Espirituales, 11.

Cuaresmas y Semanas santas, 10.

Novenas, Septenarios y Triduos, 50.

Panegíricos y sermones solemnes, pláticas y conferencias..., centenares.

Además del servicio diario a cuatro Capellanías.

Aquellos Misioneros, tan humildes, tenían talla de gigantes, ante los que hay que quitarse el sombrero.

¿Y qué le toca al Padre Arróniz de las cifras anteriores? No lo sabemos, pero ciertamente le correspondía mucho. Además, hay que tener presente que dice de este tiempo una nota cronológica: “Entre las múltiples tareas que cumplió, fue capellán de la Cárcel de Trujillo, donde trabajó una sólida campaña moralizadora y evangelizadora entre

los presos, que después de ver su obra le depositaron toda su confianza por el amor que irradiaba”-

CAJABAMBA. Algo muy diferente

El Padre Medardo Alduán, de gran prestigio en Chile y en Perú, gran director de almas y conocido escritor de Vidas de Santos, parco y frío en sus elogios, desapasionado pero de profunda vida espiritual, escribe a los Superiores de Roma, y en particular al General el célebre canonista Padre Maroto, informándoles de la Parroquia que el Padre Arróniz lleva en la Sierra:

“El Padre Arróniz, con muy buenas dotes para su ministerio, es idolatrado de la gente y hace un bien inmenso. Es de talento, virtuoso, de mucha rectitud de intención por la gloria de Dios, de mucha abnegación y de conocimientos y ciencia nada comunes, pues ha sido uno de los mejores profesores de Trujillo. Es de celo incansable que hace de todo para ganarlos a todos. Predica bien; no tiene aspiraciones humanas y trabaja con ardor en la parroquia. Este Padre Arróniz es trabajador hasta el heroísmo, amantísimo de los pobres a quienes atiende con todo cariño; tan querido de toda clase de personas que será difícil de quitarle. Arróniz es en Cajabamba el todo. Tiene todas las cualidades de un buen religioso. Hace de todo para ganarlos a todos. Los ministerios están admirablemente atendidos; todos los días tienen que salir una, dos y tres veces a confesar a los enfermos del campo a varias leguas de distancia. Los Padres no se niegan nunca, con ejemplar sacrificio. El culto está como en ninguna casa y la gente contentísima de los Padres. La atención que dedican a la Parroquia ha traído el deseo de todas las parroquias vecinas deseosas de gozar de idénticos beneficios. Son Padres que trabajan con celo y heroico sacrificio. Una parroquia modelo”.

¿Era verdad lo que dice este elogio tan singular? La respuesta nos la daremos después nosotros mismos.

El viraje de 180 grados

¿Era el Padre Arróniz para los Colegios? Ya sabemos el papel magnífico que desempeñó tanto en Lima como en Trujillo. Pero en 1927 la obediencia le señalaba otros rumbos inesperados. Ahora va a ser *Misionero* de manera muy diferente. La Congregación puso la mirada en Cajabamba, una Parroquia de vanguardia en la Sierra peruana al sur del Departamento de Cajamarca, y allí volaba ni tardo ni perezoso quien durante 18 años transformaría la ciudad y los diez caseríos en una Parroquia del todo singular.

Ciudad pequeña, con un clima sano a 2.650 metros sobre el nivel del mar, entonces con 3.500 habitantes, más los muchos de los diez caseríos, en una extensión de 2.200 kms. cuadrados. Pronto se les añadirían los de las parroquias de Cauday y Marcabalito, con un total de 28.000 personas que evangelizar. “Evangelizar”, dicho con toda idea, porque aunque la gente fuera católica y de condición estúpida, llevaban años sin atención espiritual. Respetaban y querían mucho al Sacerdote, su querido *Taíta* o *Padrecito*, lo cual resultaba una bendición, pues admitían así fácilmente su palabra evangelizadora.

Las distancias que se ofrecían a los Padres eran para inquietarse. Cauday estaba a 12 kilómetros; Sitacocha, a 30; Cachachí, a 48, entre las cuales se esparcían los innumerables caseríos. Para algún pueblo habían de caminar ocho horas a caballo en dos etapas; para otro, de dos a cuatro horas. En 1904, cuando el Padre Arróniz estaba allí en plena actividad, la ciudad tenía el 17% de los habitantes, y el 83% se derramaban por toda la región.

Hasta 1928 no llegó la carretera a la población; los caminos eran rudimentarios, y el caballo sería el gran regalo de Dios para donde no podían arriesgarse las piernas del misionero en subir montañas, bajar por las quebradas y vadear los ríos. El Provincial Padre Anselmo Santesteban no era hombre que se amilanase fácilmente, y fue a explorar el terreno, aunque regresaba muy pronto a Trujillo:

-¿Y cómo es que vuelve tan rápido, Padre?

-Aún me faltaban dos jornadas a caballo, pero sentí tanto malestar por la humedad y las heladas y por el mal de altura, que me he visto en la precisión de volver antes de que pasara lo peor.

El Provincial siguiente Medardo Alduán resistió, pero hay que oírle también lo que escribe en carta a Roma:

-¿Los nuestros de Cajabamba? Unos valientes únicos. “Fui a hacer la visita anual, y han sido para mí un acto heroico las dos jornadas a caballo, teniendo que caminar, mal jinete, por precipicios en que la bestia no tenía más que diez centímetros de ancho para colocar sus patas, o rodar al caudaloso río. Aunque los guías me vieron varias veces rodar, no ha pasado de susto”.

Pues aquí es donde se van a meter nuestro Padre Arróniz y sus compañeros. Contaban con un templo magnífico, debido a los Padres Agustinos que en 1572 fundaban el pueblo de San Nicolás de Tolentino. Fue reconstruido en el siglo XIX y es grande de verdad: 70 metros de largo por 14 de ancho, bien conservado y apto para las aglomeraciones de las grandes fiestas.

Nada más llegados a Cajabamba, ciudad y comarca encantadoras, el lema fue lacónico: “¡A trabajar!”. Pero los principios fueron muy duros, con pobreza total, empezando por la casa cural en la que faltaba todo, desde la cocina hasta los servicios higiénicos, rodeada de un pequeño terreno que hubo de comprarse para criar la alfalfa del caballo, imprescindible para las salidas a las casas del campo que la asistencia a los enfermos reclamó inmediatamente. Los Superiores, como es natural, aportaron desde un principio la cantidad necesaria para arreglar la casa, aunque años adelante se resquebrajará seriamente por los terremotos, de modo que escribirá al Provincial el Padre Arróniz:

“Las paredes de nuestra casa han quedado todas agrietadas; mi celda ha quedado tan mal parada que amenaza desplomarse, por lo que me he visto en la precisión de abandonarla. Dormimos al descubierto, en el corral de la alfalfa”.

Alfalfa, caballos... El Padre Arróniz vio desde el principio que convenía tener caballeriza propia, y no improvisar animales ocasionales asustadizos o trotones que podían poner en peligro la vida de los Misioneros. Los Superiores cedieron al fin a sus requerimientos, y la Comunidad contaba con caballos buenos y propios. El que se haría más famoso fue *Lucero*, el del Padre Arróniz, conocidísimo en toda la comarca. Las gentes

hablarán siempre del caballo blanco que dejó recuerdo por muchos años en Cajabamba. “Le cantaba antes de montarse para salir: *¡Lucero hermoso de la mañana!*, y el caballo como que lo entendía, y como no había carros, a paseo se iban los dos caserío por caserío”, comenta una viejita a estas horas. Lo vendieron con pena los Padres cuando el año 1952 dejaron la Parroquia.

Con ojo certero

Cajabamba era una ciudad buena, pero sin cuidados pastorales hacía mucho tiempo, lo cual requería tino en los principios sobre todo. Y el Padre Arróniz se propuso la recristianización de la Parroquia sobre unos puntos para él fundamentales.

1°. Aprovechar lo ya existente y que el pueblo tenía muy apegado, como eran sus fiestas, devociones tradicionales y, lo que hoy llamamos, la religiosidad popular.

2°. Pero esto exige evangelización e instrucción. Predicar sin cesar, enseñar, hacer ver la razón de sus tradiciones cristianas. Las novenas en la Ciudad y especialmente en los caseríos se convertirían en verdaderas misiones parroquiales.

3°. Para ello, el Catecismo sería el punto más mimado.

4°. Complemento necesario del Catecismo, atraer por todos los medios a la niñez y juventud.

5°. Puesto que el 83% de la feligresía estaba dispersa por tantos caseríos en toda la extensa región, había que visitarlos continuamente, por durísimo que fuera..

6°. Serían necesarias las visitas. En la ciudad de Cajabamba resultaban fáciles relativamente. Visitas familiares, de cortesía, de cariño. El Padre, fisonomista privilegiado, estaba que ni cortado, por su don de gentes y su facilidad para recordar nombres. Las gentes aseguran todavía hoy: “Él nunca esperó que lo buscaran; él iba a buscar a todos hasta los lugares más apartados de Cajabamba”.

De ahora en adelante nos van a salir continuamente los testimonios recogidos por el Padre Sánchez y los recuerdos del Padre Meza Cuadra, sacerdote diocesano que, recordando los ejemplos que vio en sus formadores de Trujillo y Lima, ingresó en la Congregación Claretiana a sus cuarenta años y fue el amigo más íntimo que tuvo el Padre Arróniz. En las respuestas al Padre Sánchez se nota la mayor o menor cultura del entrevistado, pero todas rebosan sinceridad y cariño hondo. La mayoría van “entrecomilladas” como para darles más autenticidad.

La religiosidad popular

Al comenzar hoy otro cura, seguro que haría cosas muy diferentes. Pero en aquel entonces el Padre Arróniz dio a la indiferencia religiosa un golpe de gracia con la revitalización de la religión tal como la vivía el pueblo. Empezó con la procesión de Jesús Crucificado en las tardes de todos los domingos de Cuaresma, hasta con banda de música. En la fiesta de San José, igual. Las gentes se aglomeraban en la plaza y en las calles con grandes muestras de devoción. Los domingos cuaresmales jugaron un gran papel. Lo escribe el mismo Padre Arróniz: “Con banda de música y todo, los domingos a las dos de la tarde se tienen las procesiones de penitencia, tiernas y conmovedoras procesiones que

terminan con la adoración de las cinco llagas y cánticos de perdón, presididas cada domingo por una Asociación religiosa”. El resultado fue tal, que después, cada año, “como preparación cuaresmal implantamos el Viacrucis diario que se ha celebrado con mucho fervor y concurrencia”.

Para la gente más preparada, y pronto los preparados subirían a muchos centenares, erigió o reavivó las Cofradías que ya existían en la Parroquia y tenían su altar en la iglesia: Santa Rosa, Martín de Porres, Santa Teresita, San Isidro, Virgen de Lourdes. Pero instituyó otras nuevas que pensó serían más eficaces: Jueves dedicados a la Eucaristía, Sagrado Corazón de Jesús, Archicofradía del Corazón de María. La del Sagrado Corazón de Jesús fue especialmente notable. “Con la pompa tradicional en Cajabamba se ha dado comienzo al mes del Sagrado Corazón, con gran iluminación, con profusión de flores y con gran banda de música; todos los días hay exposición de su divina Majestad, rosario y bendición”.

El Padre dio verdaderamente en el clavo. Con mucho bregar, el primer año recibieron la Comunión en la Parroquia unas 5.000 personas. Al cabo de siete u ocho años pasaban de las 12.000. Y no se recibían más los Sacramentos de Penitencia y Comunión porque muchos no podían al vivir en matrimonio irregular, aunque vivieran honestamente unidos o con matrimonio sólo civil, problema que no siempre dependía de las familias sino de costumbres o leyes que obstaculizaban tanto la labor de los Sacerdotes.

La evangelización en toda la Parroquia

Seguimos considerando la Parroquia en estos primeros años con la extensión de 2.200 kms. cuadrados y con los 28.000 habitantes por los límites que se le fueron ampliando. El Padre Arróniz, devotísimo de la Virgen y como buen claretiano, implantó en todos los pueblos la Archicofradía del Corazón de María.

Recorrió, con los demás Padres, todos los rincones del extenso territorio. En los centros principales reunía a los caseríos y la fundación de la Archicofradía iba precedida de una *misión*, que llamaban *novena*, con la cual preparaban a la gente a base de mucha evangelización e instrucción religiosa. No le espantaron las distancias al Padre: a San Juan de Llagta hubo de ir montado en su *Lucero* once horas en dos etapas. Pero con este método de evangelización y catequesis, con este medio de la Archicofradía del Corazón de María, y con este sacrificio personal, se fueron transformando de indiferentes en fervorosos aquellos caseríos antes abandonados. Y escribía: “Mediante el Corazón de María, la Parroquia va tomando posesión de todas las haciendas”. La gente no se cansaba de estar en la iglesia, como en Lurimarca la noche de Navidad: “La asistencia a la Misa del gallo ha sido numerosísima. Los villancicos muy bonitos y bien ejecutados. La adoración duró dos horas”.

“Otra cosa, comenta todavía hoy un veterano. Yo no sé por qué ya no se reza el Ángelus. En ese tiempo había aquí un cieguito que se llamaba Manuel, no veía nada y él tocaba la campana a las doce y todos rezaban el Ángelus en donde estábamos ya jugando donde sea arrodillarse y rezar a las seis de la tarde igual, y por qué lo habrán retirado”.

Las fiestas patronales, a las que tenían que acudir obligatoriamente los Padres, eran aprovechadas también para su transformación cristiana, lo cual no resultaba tan fácil. Como un ejemplo, copiamos la nota del Padre Arróniz sobre las fiestas de Canday:

“Para quitar la costumbre de emborracharse, costumbre inveterada en los campesinos, después de la procesión metimos la corrida de toros, lidia de gallos y otros juegos, como fútbol. Con la implantación de la tauromaquia y el fútbol hemos conseguido buenos resultados”.

Eso, lo que escribía el Padre, que, como vemos, no era un aguafiestas. Al revés, las animaba como nadie. Nos lo cuenta deliciosamente una viejecita con su tipismo:

“Otra cosa recuerdo, en las fiestas de Parabamba, pues en la fiesta había banda, había todo, y siempre había borrachitos. Así que él salía de dentro, y veía a la gente y buena la música, y los hacía bailar un libán, porque era buena música y buen baile. Pero a veces veía a alguien pelear y allí mismo se metía a separarlos. Había un kiosquito en la plaza, entonces tocaban la música, era bien bonito, él mismo iba y sacaba a las parejas para que bailaran la marinera, pero decía que porque era un baile limpio y no estaba la gente tomando nada. Entonces decía: Muévanse, éste para la Virgen, bailen este otro muy bonito, muy bonito”. La entrevistada baja los ojos entristecidos, y añade: “Ahora ya no hay eso porque la gente va para... La gente era sana, era buena, ahora no, ahora yo no estoy de acuerdo para estas cosas”.

Los caseríos

Especial dificultad ofrecían los ministerios de caseríos, en los que había de contarse entonces por lo menos con 10.000 indígenas. Las salidas eran prácticamente diarias por caminos ásperos, pedregosos, muchas veces inseguros y hasta de peligro verdadero. Por ejemplo, desde Cajabamba a la gran hacienda Araqueda no había más que diez kilómetros buenos; de ella en adelante malos como los demás. Y era cuestión de hacer recibir los sacramentos, pues eran casi desconocidos. Para ello, hubo de implantarse el reunir a la gente de los caseríos en centros para dirigirles ante todo una misión. Por eso las *misiones* se hicieron frecuentes, por más que resultaran muy pesadas. Pero así era también el fruto. El año 1937, precisamente el de los temblores, lo resume así el Padre Arróniz:

“En todos los caseríos ha habido novenas-misiones, han comulgado todos los centros escolares, y escuelas de todos los pueblos; se ha enseñado el catecismo a los niños de todos los pueblos; se han atendido muchísimos enfermos; se han predicado doscientos entre sermones y pláticas y se han repartido como diez mil comuniones”.

No es la primera vez que nos ha salido la Hacienda la Araqueda, situada en el distrito de Cahachi. Digamos que fue una auténtica sucursal de la Parroquia. Los Padres habían de ir a ella continuamente, y los ministerios eran allí abundantísimos. Basta citar lo que de la fiesta del “Cristo Pobre” celebrada el mes de Agosto nos narra el Padre Arróniz:

“Nos hemos turnado los tres Padres, ha habido Misa cantada los diez días en los que se ha cantado el santo Rosario, se ha enseñado el catecismo, se han tenido procesiones y se ha predicado en forma de misión. En el día de la fiesta se hicieron más de cien bautizos y se celebraron varios matrimonios. En Septiembre de 1940 se dio unan novena-misión,

comulgaron los niños de la escuela, se legitimaron ocho matrimonios, se hicieron ciento veinte bautismos y se predicaron doce sermones”.

El Catecismo, lo primerísimo

La verdad es que no hemos comenzado por donde deberíamos. Antes que nada, el Padre Arróniz no tardó un día en convocar a lo imprescindible para él:

-¡Niños, vengan al Catecismo! En cada clase se les dará un papelito rojo y azul, sellado por detrás. Lo guardan, y verán los premios que les tocan a los que presenten todos al final. ¡A ver quién trae más!...

La proclama surtió efecto. Y se remedió un mal inveterado, pues hacía diecisiete años que no se enseñaba catecismo. El Padre comenzó dando clases en la Ciudad tres días a la semana y un día en los diez caseríos, con catequistas que preparaba el mismo Padre y que cumplían de maravilla: “A nosotros nos recomendaba el Padre: que enseñemos a los niños, pero que no les exijamos, sino que se les manifieste cariño y los niños comenzaron a seguirnos y asistían siempre”.

Consiguió de los padres de familia que en Cuaresma fueran por la noche diariamente los niños a la Doctrina. A la clase de los domingos por la mañana acudían también muchas personas mayores.

Y, ¡para pasmarse si queremos!, consiguió algunos años después, a partir de 1935, dar clases de Religión a los Profesores de la Ciudad de modo que fueran capaces de formar cristianamente a sus alumnos.

Los niños, y por los niños los mayores, empezaron a conocer la fe y las exigencias de la vida cristiana. Lo cuenta una niña de aquel tiempo:

Yo era de primaria, y el Padre entró en el salón. Nos dijo que para ir al Cielo hay que escoger lo que él nos explicaba del camino ancho y el angosto. El Padre preguntó:

-¿Y qué camino escogen?...

Yo le contesté:

-¡El angosto!

Él vio que yo había entendido, porque a mí se me clavó para toda mi vida. Desde niña siempre estuve en esa catequesis, que me interesaba por el regalito, por los dulces por la buena expresión del Padre, pero siempre íbamos aprendiendo mucho a medida que íbamos avanzando en edad. Comenzábamos desde la señal de la Cruz hasta el estudio de las Historias Sagradas, todo el catecismo por secciones con sus diferentes catequistas, salían a veces 50 ó 40 secciones.

La clausura del Catecismo, siempre el 6 de Enero fiesta de los Reyes Magos, era todo un acontecimiento. Dejemos la palabra a los niños de entonces:

“Ahora le cuento de la clausura del Catecismo. ¡Uf!, era una fiesta formidable en la tarde; en el día, deporte; las señoritas jugaban basketbol, luego había el palo encebado, carreras de encostalados, sacos ya llenos de paja en que nos metíamos. Todo organizado por el Padre, y damas y señores que le acompañaban, pero todos con un entusiasmo tremendo.

“No faltábamos al Catecismo porque el Padre daba un papelito rojito y verde con un sello y teníamos que recoger 100 para la fiesta; íbamos desesperadas por el premio, y la

fiesta de clausura era tan linda, y él lo celebraba, compraba toda clase de regalos, de muñecos de tela, nos regalaba bizcochos de Milán como les llamaban y el queso de Jocos”.

Y otro veterano recuerda con entusiasmo:

“Para el 6 de Enero acostumbraba por la mañana en el convento invitar a todos los que éramos alumnos del catecismo una chocolatada suculenta con los bizcochos que hacía preparar y con la riquísima e incomparable mantequilla de la hacienda Jocos. Por la noche él dirigía el teatro, preparaba todas las escenificaciones concurría el pueblo y todos salían contentos”.

Una de las catequistas antiguas completa el cuadro:

“Había un estrado donde se clausuraba el Catecismo, que se desenvolvía durante todo el año con diferentes catequistas. De acuerdo al número de vales que cada uno reunía, se presentaba el día de la clausura o antes para preparar el premio. Había regalos de diferentes clases, vestidos, piecitas de telas, zapatos, zapatillas, dulces, chocolates, muñecas, carros, pues el Padrecito tenía paciencia de catalogarlo de acuerdo a la asistencia del niño. El número de niños, que habían asistido durante el año al Catecismo oscilaba a lo menos de 200 a 300 alumnos.

Los niños

Lo insinuó más de una vez el Padre Arróniz, se adivinaba su pensamiento, y se le pudo preguntar:

-Diga la verdad, Padre. ¿A qué Santos les tiene usted especial devoción?

-¡A San Juan Bosco y a San José de Calasanz!

Era verdad. Igual que a esos Santos, los niños le seguían al Padre “como un enjambre”, dice el Padre Meza. “No le dejaban ni rezar como él quería. Entonces me llamaba con disimulo, y entre broma y broma yo los ponía en fuga”.

“Los niños lo seguían, lo buscaban porque él los entretenía, les hacía jugar la pelota él mismo, porque en ese tiempo los sacerdotes usaban la sotana ¿no?, levantaba la sotana un poco hasta sus pantalones caquis y se ponía a jugar con los chicos”.

“No le molestaba al Padre el bullicio de los niños, en cambio a otro Padre no le gustaba nadita, y es que este Padre Arróniz era muy buena gente”

Ya sabemos lo que fue con los niños y niñas en el Catecismo. Pero el Padre no se quedaba sólo en la formación humana de los niños. Los quería preparados para la vida, y para ello, sin tener escuela propia, se interesaba mucho por su formación integral, como nos dicen autorizados testigos:

“Era grande su preocupación por la formación de los niños, con distintos métodos propios de la niñez. Usaba como anzuelo el juego, el canto, el teatro, la diversión sana, por eso rodeábamos al Padrecito Arróniz como pollitos a la gallina, todos a su alrededor, para escuchar sus enseñanzas, sus canciones, y él con interés nos enseñaba algún juego y él también jugaba al basket, al box, las carreras, al salto de soga, el teatro, pero condicionado para rendir cuentas de nuestras clases en la escuela, aprendizaje del catecismo, de la Historia Sagrada. La casa parroquial era un ambiente de juego, había resbaladores, un campo de deporte, sube y baja, y distintos juegos que había puesto el Padrecito”.

“El Padrecito Arróniz se preocupaba de que cada uno tuviera buena ortografía, buena corrección y que sepamos bien el castellano correcto, como era su pronunciación, su escritura, todo buen español. La Geografía se la enseñaba a todos, por ejemplo yo conozco todo el mundo, país por país, sus límites, su situación, su geografía, su idioma, su religión, su moneda, su gobierno, sus industrias sus carreteras. Sus ríos, sus lagos, sus montes, todo, Padrecito; especialmente trataba de enseñar España el país del Padrecito. A él le gustaba enseñar todo el mundo, rápido en qué continente queda, dónde quedan los Alpes, el Himalaya, dónde quedaba el río Danubio. Yo personalmente agradezco a Dios que haya tenido esta gran suerte”.

Los niños a su alrededor “como enjambres”, “como los pollitos a la gallina”... Las gentes serranas no saben ser más expresivas...

Vienen los jóvenes

Jesús en persona se presentó un día una tarde de domingo en la Plaza, y preguntó a los muchachos aburridos:

-Pero, ¿qué hacen aquí toda la tarde parados? Que no les gusta el deporte, ¿o qué?...

-Porque nadie nos enseña y no tenemos campo en que jugar, ¡pues, si no!...

Y Jesús se dijo para sus adentros:

-Les voy a mandar un buen entrenador...

Y no es esto una parábola del Evangelio, sino lo que hizo realmente Jesús, como nos cuenta el Padre Flamarique, compañero tan querido del Padre Arróniz:

“Al subir a Cajabamba observó que la juventud en los días feriados y domingueros languidecía de pereza en la Plaza de Armas, porque nadie se dignaba mirarla; pero llega el hombre, el deportista, le gana la confianza, forma equipos de fútbol, de basket, de pelota, los anima con premios, los entusiasma en desafíos, y Cajabamba en los domingos siguientes contempla asombrada que su juventud ya no es la de antes; y hasta los mismos viejos de cansadas piernas corren tras el balón. El Padre siempre fue el primero en mover el esférico y los jóvenes siguieron jugando.

“¡Qué partidos tan movidos, qué bienestar en la salud, qué energía para el trabajo! Hasta hoy se recuerda con cariño al Padre deportista, todo entusiasmo, dinamismo, alegría que supo inyectar nueva vida en la juventud cajabambina con el rítmico ejercicio del deporte”.

Y un buen viejito de aquellos tiempos lo confirma como parte muy activa que fue ayudando al Padre:

“Padrecidto, ojalá que esta garganta mala me responda para hablar. Hay muchas cosas del Padre Arróniz, pero la que más me impactó y recuerdo siempre es que solíamos estar en el atrio de la Iglesia él conversando con nosotros, ¿no?, la juventud. Una vez en el convento subí a su cuartito y lo único que tenía arriba era su Crucifijo, su camita, y era un revoltijo de camisetas de deporte, guantes, tableros de damas, y todo lo que se relaciona al deporte, porque lo que nos faltaba lo mandaba a pedir.

“Como le decía el campo de deportes está detrás de la iglesia y se tenían las grandes tardes deportivas; nosotros los jóvenes pequeños formábamos el “Sport Boys”, el de los mayores se llamaba el “Club de Amistad”. Había un equipo de basket, y venían equipos de

Trujillo y de Lima. Pero siempre se imponían los de acá, porque nos dirigía el Padre. Y siempre estaba ahí. Cuando había peleas, ahí estaba él, porque no era el deporte para pelear ni enemistar sino para unirnos más. Él estaba en todos los partidos, él era quien dirigía.

“El fútbol, como le digo, ya estaba adelantado. En ese tiempo los Padres no se quitaban la sotana para nada en el fútbol, y él se ponía a la defensa con su sotana vieja ¿no?, entonces para él era muy fácil parar la pelota porque le venía y se quedaba ahí, cosa que no podíamos hacer nosotros (!). Ahora en Huacho me dice que no puede hacer deporte y salir así a la calle porque la gente cree que un sacerdote debe estar en su convento, en su iglesia, nos dijo así que no estaba conforme. Y jugábamos con equipos de la pampa, del valle, a veces ganábamos, y nuestro premio era el entusiasmo. Él nos daba “limas”, ¿conoces esa fruta? Con diez centavos de libra teníamos un pocotón, hasta saciar el apetito después de los partidos de basket. De todos los que jugábamos en el equipo solamente uno tenía papá, y nosotros, el resto, no teníamos. Nuestro papá era él, y un gran padre de nosotros, de todos; nos aconsejaba, nunca triste, nunca molesto”.

En los deportes con las jovencitas, a pesar de su gran reserva, era igual. Disfrutaban con los sobrenombres con que las llamaba: -Tú, “piojita”..., porque corría como un disparo. Y tú, mi “aviadora”..., porque me había caído de lo alto de un árbol. La “camiona” se hizo célebre, porque sostenía todos los golpes y nadie podía con ella.

“Se le quería así porque él jamás tuvo un rato digamos de tristeza, siempre alegre con la sonrisa en los labios, el chiste por cuanto se decía. En la noche las veladas, porque nos guiaba en el deporte, nos enseñaba a jugar a damas, nos enseñaba inglés en los ratos libres, porque él toda la vida estaba ocupado”.

¿Valen estas palabras, estos recuerdos, estas expresiones tan auténticas?...

Me hice todo para todos

Todos los testimonios transmitidos por las investigaciones del Padre Carlos Sánchez expresan indefectiblemente una idea: El Padre era para todos igual: pobres, ricos, enfermos, perseguidos...

“Iba hasta el último rincón de la Provincia, con mucho amor conocía a todos sin excepción, creo hasta la última casa o choza. Como no habían medios de comunicación de transporte, él con su caballito se iba todos los días, salía al campo a una o a otra comunidad y allí a todos sin excepción los llamaba con ese amor de padre, los acariciaba, les decía a todos por su nombre, que tenía un don de gente pues era fisonomista porque nunca se olvidó de nombre de ninguno, a todos los llamaba por su nombre y les daba una caricia, alguna cosa de alimento, de manera que todo el mundo escuchaba su palabra, y como le digo *todo lo que decía el Padrecito Arróniz era una orden que tenían que cumplir*.

“Le he dicho, Padrecito, nosotros veíamos en él a un santo, lo veíamos porque era tan bueno, tan cariñoso con todos, tan fervorosos, tan piadoso, buen confesor, director espiritual, y siempre alegre, los santos son alegres, ¿no?...Y además era también muy activo, siempre estaba haciendo algo, en la parroquia, en la campiña, al campo a donde iba, donde iba a hacer servicios, a celebrar Misas o a tratar con los campesinos, él los trataba verdaderamente como un padre”.

Supo el Padre Arróniz hacerse de verdad todo para todos. Las fiestas populares resultaban una delicia por la actitud comprensiva del Padre. Como los bailes eran totalmente honestos, y hubiera sido hasta una inutilidad el quererlos suprimir con un rigorismo tonto, el Padre siguió otro sistema, como recuerda simpáticamente una viejita:

“Había un kiosquito en la plaza, entonces tocaban la música era bien bonito, él mismo iba y sacaba a las parejas para que bailaran la marinera, pero decía que porque era un baile limpio y no estaba la gente tomando nada. Entonces decía: Muévanse, éste para la Virgen, bailen este otro muy bonito, muy bonito. Ahora ya no hay eso porque la gente va para... La gente era sana, era buena, ahora no, ahora yo no estoy de acuerdo para esta cosas”.

“Porque con la gente era muy curioso: ¡Hola, cholito! ¡Hola Gertrudis! Hola, ¿cómo estás?... ¿Cuándo vienes al convento, que no te he visto en Misa? No te he visto en el catecismo. No has hecho esto, no has hecho lo otro, te esperamos. Y a todos con su nombre, lleno de cariño, con su sonrisa, palmiándolo a uno a otro”.

Con los enfermos era muy especial, lo mismo que los otros Padres, pues había que atenderlos siempre por de lejos que llamaran; había que hacerlo inmediatamente, y aún así la queja única era: “Padrecito, ¿por qué ha tardado tanto?”... Abundan las anécdotas.

-¿Y usted, qué me cuenta?

- Padrecito, yo iba a pie para arriba en bestia. Una vez fui a buscarlo para que confiese a los dos mi papá y mamá que estaban graves; lo llevé en bestia, lo volví al pueblo, se entraba en el convento y yo tenía que regresar con la bestia. Bueno, ligeramente él nos ayudaba en lo que podía; le pedíamos que él nos dé la santa bendición y nos la daba; le decimos que nos bendiga agua, y en el momento, muy atento perfectamente, nos bendecía el agüita porque rociemos la casa.

Y como éste simpaticote, otro igual:

-Y la gente del campo venía y le decían: Mi mamita se muere. ¡Los santos óleos!...

Él decía:

-¿Dónde es?

-Aquí, por Lulicluco.

-¡Vamos!...

Se ponía su guardapolvo blanco, su sombrero, y alguien le acompañaba. Ahora, si ya más lejos, tenía aquí su caballito blanco *Lucero*, le tenía alfalfa, así que subía a su caballo y se iba.

“Se iba”, pero añade graciosamente una: “Cuando se iba a ver a un enfermo era un chiste acá y por allá: ¡A ver cuándo vuelve! Ahí era una halaja el Padre, un español lindísimo, era un español blanco con unos ojos azules, marrones”.

Como es comprensible, no podía el Padre Arróniz prodigarles las medicinas que hubieran necesitado muchas veces los enfermos. Pero, conocedor del campo, y estudiando mucho, confiesa una testigo, “les daba indicaciones de cómo deben cuidarse con las hierbas para limpiarse el estómago y otras cosas más, porque hay mucha gente en el campo que carece de dinero y él tenía muchas experiencias de la gente pobre; es por eso que él les compartía sus experiencias”.

Los pobres, como es de suponer, forman capítulo aparte. “Comía con ellos, él no los desairaba cuando le servían en unos platos mates como decimos ¿no?, esos son de madera, en ellos le servían y él comía, con ellos departía, con ellos conversaba y era un verdadero padre espiritual, un santo”.

En las fiestas eran los pobres debidamente atendidos, para que las disfrutaran bien. El Padre se las ingeniaba para repartirles alimentos de a manera más llamativa excitando así la caridad de todos. Les llevaban los regalos de manera popularmente ostentosa:

“Las yuntas no eran los bueyes que se juntan, no. Eran los que adornaban con flores y llenaban de cantidad de fruta y esas yuntas lo repartían, pues los llevaban al hospital y les daban a los que necesitaban. Estaban esperando en el camino desde las pampas, felices con flores, todo llesito”.

Un buen anciano cuenta sus recuerdos:

“La experiencia que más me impactó fue la viejita que vivía sola por ahí, se llamaba Rebeca Armas y se había enfermado la viejita. Entonces a la mañana subía con dificultad las gradas de la iglesia y llega hasta el Padre y con una monedita de 20 centavos le dice al Padre ¿no?:

-Póngale a la Virgen con esta monedita una velita para que ruegue por mi alma, porque ya me voy a morir.

¿Sabe lo que le dice el Padre?...

-¡Ay, Rebeca! ¿Por qué piensas eso?

Y como ella la quería dar, le pone él la mano y le manda:

-Vete al mercado donde el jardín de Infancia, tómame tu buen caldo y eso te va a hacer bien. Nosotros vamos a rezar por ti, Rebeca.

Y la viejita le hizo caso y se fue. Al siguiente día ya la viejita pasaba tranquila feliz riéndose, ¿por qué? Porque le faltaba para comer. Y a mí me impactó esa generosidad que tenía el Padre”.

Hubo perseguidos que supieron lo que era la bondad y el ingenio del Padre Arróniz. “Recuerdo el incidente del 32 cuando los apristas. Aquello fue terrible. Pareció que el Padre guardaba apristas en la torre. El Padre les dio facilidad para que escapasen. Tú sabes que un sacerdote trata de evitar muertes ¿no?; pues eso es lo que ha hecho el Padre. Después la gente no dijo nada contra el Padre porque todo, todo Cajabamba le tenía mucho respeto y mucho cariño, y sabían que salvó muchas vidas”. Y añade otro de los entrevistados, persona culta como se ve: “El Padre estuvo sólo en el convento y salvó a muchas almas:

-No, no se metan. Esos son militares....

“Y los hizo escapar”. Pero no como político, sino como religioso. Claro que los favoreció, pero como religioso, por caridad, que por político nada; bueno es saberlo”.

Los de las sectas empezaron a pulular en la región, la gente católica se alarmaba, pero el Padre Arróniz, sin plantarles cara, no dejó de actuar. Y cuentan los feligreses todavía hoy:

“Todo el tiempo ha habido sectas de los protestantes, ¿no?, los evangelistas; pues el Padre no les tenía miedo ni les huía; él iba a sus reuniones que tenían y discutía con ellos muchos temas de la Sagrada Escritura, y cosechaba de todas esas visitas y entrevistas; atraía a los que se habían pasado y los volvía a recuperar”.

Con los alejados fue también el Padre muy especial. Y cuando habla la buena gente de “alejados” hacen referencia a los que vivían irregularmente su matrimonio. No había otros “pecadores grandes”. El Padre no se extrañaba de su situación, y los recuerdos resultan curiosos.

“Todo él hablaba en chiste, que parecía que era verdad ¿no?... Por ejemplo, a la gente que no eran casados les decía:

-Hijitos, ¿hasta cuándo van a estar en el pecado? Van a tener que casarse, porque si no el diablo se les va a llevar....

Entonces ellos temían:

-¡Ay, no, yo no quiero que me lleve el diablo, mejor nos casamos!.

“Con mucho cariño los trataba y así los atraía a Nuestro Señor. Bueno, todos lo amaban, y es una misión muy grande ir en busca de la oveja perdida, él nunca esperó que lo buscaran, él iba a buscar a todos los lugares, hasta los más apartados de Cajabamba”.

Las pruebas imprescindibles

Todos vemos que el trabajo del Padre Arróniz en Cajabamba, y como el suyo el de los otros Padres, era muy duro de verdad, llevadero sólo por tipos valientes. Pero resultaba también muy simpático, especialmente por aquel carácter tan envidiable del Padre, siempre alegre, siempre festivo, siempre de buen humor. Pero estuvo sometido también a pruebas muy fuertes.

El año 1937 fue el de los temblores que aterraron a la población. Escribe el Padre Arróniz:

“Llevamos tres meses que nos han tenido en continuos sobresaltos, nos han agrietado las casas y nos han enfermado. La salud de los Padres es regular; a mí me ha dado un paludismo que me ha postrado en cama algunos días, con fiebre muy alta y con un gran debilitamiento del que poco a poco me voy reponiendo. El trabajo parroquial es enorme, pues entre atender a los enfermos e ir a celebrar en los caseríos tenemos que salir a caballo todos los días; apenas podemos descansar ni leer ni escribir”.

Los Padres de la Parroquia, para ejercer las obras de misericordia, visitaron casi todas las casas de la población llevando el consuelo a las familias, que se hallaban en el mayor desconsuelo: mucho agradecieron las gentes este gesto de amor cristiano”.

En 1942 el P. Arróniz vuelve a escribir al Padre Provincial:

“Yo de salud estoy bastante mal. Estoy con paludismo, que me tira con frecuencia a la cama; me dan los fastidiosos ataques que me dejan completamente extenuado. Ahora mismo me encuentro bajo la tremenda influencia de esa enfermedad”.

Y sigue la crónica:

“El 31 de Agosto el Padre Arróniz cayó en Callash enfermo de gravedad. A la Curia Provincial llegó el aviso:”Superior gravísimo; urgen un Padre”. El Padre Arróniz hubo de ir a Trujillo unos días a reponerse. Rápido, porque no tuvo mucha paciencia y pronto regresó a su querida Cajabamba donde le esperaba el trabajo de siempre.

Es extraño, por otra parte, que hubiera de sufrir también alguna vez por parte de algunos feligreses, a pesar de que era tan querido. Pero así fue una vez. El Profesor Don Antonio Johanson, como testigo presencial, es quien mejor cuenta la anécdota que tantos repiten, cada uno a su manera. Hubo gente que lo no quería al Padre, como es natural, a los que el pueblo llamaba “ateos”. Y le gastaron en cierta ocasión una broma grotesca de mal gusto. Le invitan a meterse en una jarana y le meten tabasco. Cuando vomitaba, le toman una fotografía indecente. “Igual que en otra ocasión, sigue Don Antonio, iba conmigo, y le invitan a entrar en una cantina, donde lo primero que intentaron fue ofrecerle una copa con un insulto. El Padre se limitó a decir: -¡Gracias! Antonio, vamos de aquí. ¡Hasta luego!...

Unas lágrimas nada más

Todo magnífico en Cajabamba, pero un día, “mientras toda la gente le buscaba”, como a Jesús, hubo de decir también el Padre Arróniz con el Maestro: “Vamos a otra parte, pues para esto he sido enviado”. Después de dieciocho años en los que había transformado una parcela agreste en una finca bien cultivada, le llega la orden de la obediencia: ¡A Huacho!... Y los feligreses lloraron. Suplicaron a los Superiores. Escribieron en los periódicos. Todo resultó inútil. Precisamente porque al Padre se le necesitaba en otro lugar y se pusieron en él todas las esperanzas.

Grande era el dominio propio del Padre Arróniz; pero al marchar de Cajabamba, nos cuenta su íntimo amigo el Padre Meza, unas lágrimas silenciosas rodaron por sus mejillas, interpretadas así con humor en nombre de la Parroquia: “¡Y decías que m’amabas! ¿Pa-cabrás-nacido?”...

HUACHO. Un nuevo campo

Don Constantino Castillo es un huechano de los clásicos. Tiene instalada en su casa una capillita devota con tres hornacinas, en una de las cuales están expuestos varios recuerdos del Padre Arróniz. Allí se esconde para hacer una oración que sólo ve el Padre celestial.... Al tomar en mis manaos el sombrero del Padre Arróniz, la famosa “teja” de aquellos tiempos, me la pongo en la cabeza (¡ni para tomar fotografía!), y le digo con naturalidad:

-Bueno, este sombrero me lo llevo a nuestra Casa Provincial de Lima como un recuerdo que será una reliquia.

-¡De ninguna manera! Ese recuerdo no sale de aquí.

Interviene el Padre Amador:

-Pero el Padre dice que le da por ella 2.000 dólares.

-Ni dos mil ni veinte mil. ¡Eso no lo doy por nada!

Por boca de Don Constantino hablaba todo Huacho. El Padre Arróniz es el hijo más preclaro que ha tenido la Ciudad, aunque hubiera nacido a miles de kilómetros de distancia, y sus restos no los sueltan por nada del mundo. Sabemos cómo los trajeron desde Arequipa. Ahora nos toca ver al Padre cómo toma posesión de la Parroquia a la que se dará con toda su alma de santo y de apóstol.

Ciudad y Parroquia de solera

Dicen que hay que remontarse al año 1557 cuando los indios se agruparon en la reducción de Guacho, bautizada después con el nombre de San Bartolomé, que será el Patrón de la Parroquia. En 1774 es elevada a la categoría de Villa, y en 1874 a la de Ciudad como Capital de la Provincia de Chancay, a unos 150 kilómetros al Norte de Lima. Al encargarse de la Parroquia los Claretianos en 1916, la Ciudad tenía 8.000 habitantes y unos 20.000 esparcidos por sus siete caseríos y capillas en una extensión de unos 25 kilómetros cuadrados. Hoy, entre Ciudad y Anexos, ante tanto inmigrante, hay que echarle hacia los 100.000 habitantes. Al venir el Padre Arróniz en 1945 rondaba en los 55.000. Todos católicos, vivían en torno a su iglesia de San Bartolomé, esbelta, espaciosa de 55 metros de larga, 15 de ancha en la nave central y 22 en el crucero, rehecha totalmente por los Claretianos. La de hoy se está reconstruyendo en la fachada (¡esos terremotos!), pero siempre sobre las bases de la antigua.

Al venir aquí el Padre Arróniz la va a encontrar, como dice un informe oficial, “un modelo de iglesias por su piedad y recogimiento, por el fervor de sus numerosas funciones, por su limpieza y orden, por la regularidad y dignidad del culto”. No en vano se encargaba de ella el benemérito Padre Luciano L. Codina, el cual recibió la medalla de plata de parte del Municipio “por su labor verdaderamente extraordinaria en bien de la parroquia; pues a su impulso se han ido elevando y transformando la piedad de los buenos feligreses de Huacho. Merced a él se ha mejorado y decorado la iglesia, que fue amenazada de seria ruina por el terremoto de 1941 y ha resultado ser una de las mejores del Departamento de Lima”.

El Padre Arróniz venía por lo mismo a un terreno ya abonado, aunque con el nuevo párroco esa belleza parroquial quedará elevada a muchos grados más. Hay que decir también que en Huacho funcionaba un Colegio de los Hermanos Maristas, el de los Padres Mercedarios, y otro de las Dominicas del Rosario cuya primera Directora fue la misma Fundadora de la Congregación, la hoy Beata Madre Asunción.

Al recordar modernamente tantas cosas del Padre Arróniz en Huacho podemos caer en un error, y figurarnos que la Parroquia y Ciudad que tomaban los Misioneros en sus manos eran un paraíso encantador o poco menos. Pero el primer informe que tenemos de aquellos días no es tan halagüeño, y se les encarga a los primeros Padres:

“Trabajen por formar algún centro o asociación de hombres o jóvenes, contentándose al principio con un grupo escogido, pues es muy triste ver tan pocos en la iglesia y menos en el comulgatorio. Tengan en la mira el elevar el nivel moral para extinguir, si es posible, el porcentaje de los hijos naturales, y elevar el número de los que cumplan con la Iglesia, comenzando con los niños y continuando por los hombres, a los que deben buscar con interés creando centros o sindicatos de carácter social de base confesional, según las normas pontificias. Es necesario formar en la Parroquia una asociación para niños y otra para niñas a fin de conseguir que comulguen algunas veces al año. Este ha de ser uno de los frutos principales de la visita semanal a los colegios”.

Porque añade otro informe:

“Los hombres son fríos y reacios para acercarse a los Sacramentos, contentándose más bien con lo que es accesorio para la Religión y dejando lo sustancial. Así, los vemos amigos de procesiones, bendiciones, cruces y medallas. Veneran y saludan al sacerdote con respeto.

Si durante su vida vivieron alejados de los Sacramentos, en la hora de la muerte todos lo llaman, y reciben con buena disposición los últimos Sacramentos”.

Este cuadro no resulta muy lúcido. Poco a poco los Padres fueron mejorando mucho el panorama. Cuando el Padre Arróniz venga a la Parroquia en 1945 habrá mejorado mucho la situación religiosa, y con él veremos después un Huacho radicalmente transformado. Aquí, aunque irá mil veces a los caseríos y recorrerá toda la campiña, ya no necesitará el Padre en estos días a su inolvidable *Lucero*, pues los autos públicos suplirán aquella deficiencia tan notable de Cajabamba.

La pastoral parroquial

El Padre Arróniz al venir encontraba un terreno ya abonado. El Padre Provincial Medardo Alduán describía con satisfacción honda la labor de sus misioneros huachanos:

“Raro es el día en que el Misionero no tenga que recorrerla, caballero unas veces sobre brioso corcel y otras en humilde y mansa acémila, en razón de catequizar a los niños, consolar a los enfermos y ser como ángel de luz y de paz para los pobres y sencillos. El misionero sale dos, tres y hasta cinco veces en un mismo día a la campiña, pasando en semejantes excursiones, hechas a caballo, no pequeñas mortificaciones. Por otro lado, en la iglesia Matriz de la Ciudad no hay lugar para la holganza; en ella se dirige variedad de asociaciones, se atiende con asiduidad al confesionario, se fomenta la comunión frecuente poco menos que desconocida antes de la llegada de nuestros misioneros”.

Y añade en otra información:

“Unas veces la Comunidad vuela al Hospital, sin temor a pestes ni a contagios; otras se acuerda de los infelices encarcelados y se afana por rehabilitar a los abandonados del mundo; ora busca a los niños en las escuelas, el 22 centros de enseñanza, ora salen dos, tres y hasta cinco veces en un día a la campiña requeridos por los fieles”.

Es cierto que los Padres, como asegura el Padre Alduán, usaban al principio de Huacho el caballo o la mula para sus traslados por la campiña, pero pronto iba a mejorar el transporte al trazarse las carreteras y empezar a usarse los autos públicos.

El Catecismo

Sobra decir por dónde iba a empezar el Padre Arróniz: el Catecismo, *su Catecismo*, con todas las peculiaridades que ya conocemos por el de Cajabamba, aunque acomodadas ahora a Huacho, ciudad de condición tan diferente a la serrana. Sólo él, independiente de la labor de los otros Padres, atendía 26 centros catequísticos en escuelas de la Ciudad y pueblos de la campiña.

Según su antigua costumbre, en Huacho se tenía también la clausura del catecismo el día de los Reyes Magos 6 de Enero. Se congregaban los niños y niñas de todos los centros en un solo lugar y se repartían los premios por la asistencia, aplicación y rendimiento. Se completaba todo con una procesión singular y encantadora: todos los niños de Huacho se dirigían a la Plaza de Armas con la imagen del Niño Jesús de Praga entre cantos y vítores angelicales.

Pero la fiesta del Catecismo era precedida año cada año por otra más importante. Todos los niños que estaban en la edad requerida y se habían aprovechado de las clases del Catecismo, el día de la Inmaculada, 8 de Diciembre, habían celebrado su Primera Comunión. Misa solemne, que un año, el 1938, tuvo una nota simpática por demás. Entre tanto inmigrante como llegaba a

Huacho, se había formado ya una numerosa colonia japonesa. Y aquel día, un Padre Carmelita Descalzo, aparte de la homilía del Padre Arróniz, les dirigió una plática en su lengua a 30 niños y niñas japoneses que recibían por primera vez a Jesús:

-¡Esto no lo habíamos visto nunca en Huacho!, se decía contentísima la gente.

Y todos juntos, en procesión entusiasta, se dirigieron como cada año hasta la Plaza de Armas con la imagen de la Inmaculada entre cantos entusiastas y fervorosos.

Semejantes éxitos no fueron improvisados. Obedecían a la determinación de los Misioneros, que se habían establecido un programa exigente:

“Los Padres de la Comunidad estamos empeñados en una amplia y completa campaña catequística. Se ha determinado comprar un buen lote del *Catecismo único* que acaba de editarse. Con enorme satisfacción vemos que, gracias a los esfuerzos titánicos y a los sacrificios de los Padres, ya están cumpliendo con la enseñanza de la catequesis todos los colegios”.

Los Colegios y algo más. Bajo la dirección del Padre Arróniz, el “Comité del Congreso Eucarístico” promovió un Concurso de Catecismo por todo lo alto entre los alumnos de Primaria de los Colegios, entre los que sobresalían, por supuesto, los de los Maristas, Mercedarios y Dominicas. El Comité siguió adelante y mantenía catequistas en todos los colegios y escuelas con palpables resultados. Y finalmente, al haberse establecido la Acción Católica en la Parroquia, las ramas de Mujeres y de Señoritas tomaron como su apostolado principal la enseñanza del Catecismo. de manera que llegaron a encargarse ellas del importante Centro 446 Industrial que contaba con 600 alumnos.

El Padre Arróniz, siempre con sus caramelos, medallas y estampas, era el encanto de la niñez. “No le molestaba al Padre el bullicio de los niños, en cambio a otro Padre no le gustaba nadita”, y como los niños tienen ese instinto inexplicable para distinguir al que los ama, a uno lo dejaban solo y al Padre Arróniz se le tiraban como las moscas a la miel.

Las misiones

“¡No se olviden de que son Misioneros!”.

Aunque estuvieran esclavos de una parroquia, y tan importante como la de Huacho, esta recomendación es continua en todas las visitas canónicas de los Superiores, y los Padres la tenían metida en la mente como un clavo. Y se propusieron cambiar la Parroquia y toda la comarca a base de misiones. El Padre Arróniz tenía la experiencia de Cajabamba, y la aplicó a Huacho con la misma tenacidad, aunque, por las comunicaciones e iglesias, resultara aquí mucho más fácil que en las tierras de la serranía. Porque el mal endémico de Huacho como de todas nuestras tierras era la ignorancia religiosa. Nuestras gentes sentían a Dios, pero tenían una idea vaga no más de las verdades más fundamentales de la fe.

En este terreno se metía ahora como Párroco el Padre Arróniz, y no se asustó al conocer nombres y más nombres de caseríos y poblados que debería evangelizar con sus compañeros: Santa María, Barranco, Capilla del Puerto, Carqín, Luriana, Hualmay, Guaicán, Malambo, Chonta, Trujillano, Linchay, Canta, Ceñín, Cahua, Manás, Rajannya, Huancapón, Gorgor, y otras que no nombra. Aunque sin las dificultades de la sierra cajabambeña, a todos estos caseríos llegaría cada año el beneficio de una misioncita, porque todos celebraban su tradicional fiesta patronal de la manera más fiel.

Sabemos el sistema que los Padres iban a utilizar probado ya en Cajabamba por el Padre Arróniz: las *novenas* y hasta los simples *triduos*, imprescindibles en la fiesta patronal de cada caserío o hacienda, habían de convertirse por el temario y el estilo en verdaderas *misiones* populares. Y daban, naturalmente, el fruto apetecido.

Aunque aparte de esas fiestas patronales, los Padres aprovecharon otras ocasiones más distinguidas para predicar Misiones en todo el sentido de la palabra, como fueron el Congreso Eucarístico de Trujillo o el Congreso Eucarístico Mariano de Lima, haciéndolas extensivas fuera de los límites parroquiales. El Padre Arróniz nos cuenta, con su característica humildad lo que fueron las que predicó él por la Provincia de Chancay:

“El fruto espiritual recogido fue grande. ¡Qué hermoso era venir en todas direcciones niños y niñas, unos a pie, otros en ómnibus, otros en camiones, sonrientes, ansiosos de confesarse! Y así venían de San José, de Ancón, de Boza, Miraflores y Pasamano. Los jóvenes se confesaron y comulgaron en gran número; las señoras correspondieron muy bien; entre los hombres, los que mejor se portaron fueron los jóvenes de entre 18 a 25 años, que se acercaron a confesarse y comulgar con mucha naturalidad y convicción”.

Escritas estas líneas, las leo al veterano Padre Magaña, compañero del Padre Arróniz en esas Misiones por la Provincia, y dice que sí, que todo eso que cuenta el Padre Arróniz es verdad, aunque lo escriba tan moderadamente y sin alabanzas propias.

Fruto de aquellas Misiones por la comarca, fue la gran concentración que con motivo del Año Mariano, instituido por el Papa Pío XII en 1954, se celebró en Huacho coincidiendo con el Congreso Eucarístico Mariano de Lima, y que nos describe también el Padre Arróniz:

“Los actos misionales terminaron con la gran concentración de todos los católicos de Huacho, con una marcha procesional de fe religiosa, por las calles, y con asistencia a una Misa de campaña en la Plaza con asistencia de todos los colegios, asociaciones y enorme público”. Al final, goza en hacer resaltar el triunfo de Jesucristo al que cantaron entusiastas el “Tú reinarás” y terminaron con clamorosos vítores a Cristo Rey y a la Virgen María.

Sacramentos y actos de piedad

No digamos que fuese mala, ni mucho menos, la piedad de Huacho al llegar los Misioneros a la Parroquia. Pero la frecuencia de los Sacramentos era muy floja, debida lastimosamente a la situación matrimonial. Muchos no podían confesarse ni comulgar por no vivir debidamente casados. Un seminarista diocesano con otro compañero fue a la Parroquia durante sus vacaciones de 1918 para ensayarse en los ministerios sacerdotales, cuando los Misioneros acababan de tomarla en sus manos, y cuenta el susto que se llevó al mirar los libros parroquiales: sólo el 32 por ciento de los nacidos eran hijos legítimos, con un 38 % nada más de naturales. ¡Vaya tarea que les esperaba a los Padres! Pues bien, en 1955, y cuando al Padre Arróniz le faltaban aún tres años para dejar Huacho, los hijos naturales habían descendido al 27%, los legítimos sumaban el 73 por ciento, y, añade el Padre gozoso, el número “mejoró todavía después”.

Es ésta la mejor introducción que podemos poner al apartado sobre la piedad huachana en estos años. La recepción de los Sacramentos subió muchísimo, y las devociones que se desarrollaban en la Iglesia tenían un sentido muy diferente: ¡aquello era piedad, fervor, entusiasmo, fe, amor al Señor!...

La fundación de los **Jueves Eucarísticos** venía de los primeros Padres y tuvo carácter triunfal. Una expedición de 150 personas venía de Lima en tren y era recibida por toda la población bajo los sones de la Banda. Funcionaba, fundada por los Misioneros, la **Archicofradía del Corazón de María** y la **Visita Domiciliaria** de las urnas. El Padre Arróniz mimará después con fervor y entusiasmo estas Asociaciones, igual que hará con la **Cofradía del Rosario** en el Colegio de las Dominicas, pues nada llevaba tan entrañado en el alma como el amor a la Eucaristía y a la Virgen.

Las **procesiones** serán también objeto de atención especial, pues ya sabemos por Cajabamba el resultado que le dio al Padre Arróniz cualquier manifestación de la religiosidad popular. Por más los Padres hubieron de ponerse serios y organizarlas de manera que fueran factibles si los Cofrades querían la presencia de los Sacerdotes. Se celebraban incontables procesiones a lo largo de todo el año en la Ciudad y Capillas durante todo el año, y duraban horas y horas. Las que empezaban por la noche no terminaban hasta el amanecer... A fuerza de mucho bregar, y debidamente reglamentadas, se redujeron todas a un máximo de dos horas. Y ya no consistían solamente en un pasear por las calles la imagen veneranda de Nuestro Señor, de la Virgen o de un Santo, sino que iban acompañadas en muchos por la Comunión sacramental debidamente preparada con una Confesión sincera.

¿Queremos un dato, para ver que no fantaseamos? Al llegar los Padres, en todo Huacho y Campiña se distribuían a lo más unas 20.000 Comuniones al año. Antes aún de marchar el Padre Arróniz, sólo en la Ciudad se distribuían más de 55.000 anuales...

¿Cómo se había conseguido semejante ascenso? Muy sencillamente: lo primero, por la pastoral matrimonial, como hemos visto. ¡Ahora comulgaban muchos que antes no podían hacerlo! Pero, además, se fomentó decididamente la piedad parroquial.

Ante todo, se instituyeron los Jueves Eucarísticos y se consiguió del Arzobispo de Lima Cardenal Landázuri la Exposición del Santísimo Sacramento, provisionalmente al principio, y después de manera estable y diaria.

Por acuerdo de todos los Padres, el Padre Arróniz se debía encargar de la preparación para la Comunión y Cumplimiento Pascual del importante Colegio Agropecuario donde se preparaban los capataces e ingenieros prácticos del ramo de agricultura nacional.

La gran Comunión General de los Hombres para la el domingo dentro de la Novena del Señor de los Milagros, y la de los Jóvenes asignada para la Fiesta de Cristo Rey, iban precedidas de una propaganda por todo lo alto. Y los hombres y jóvenes sabían responder.

Algo nuevo y que acrecentó mucho la piedad, fue el recorrido del Rosario de la Aurora por las calles en los Primeros Sábados.

El cultivo de las Asociaciones, Procesiones y Fiestas Patronales no fue algo simplemente *aceptado* por los Padres. Ellos mismos, *muy conscientemente*, las fomentaron y hasta aumentaron, y así, además de las mencionadas antes, existían las Hijas de María, los Sagrados Corazones, El Carmen, Beato Martín de Porres, Señor de los Milagros, Pía Unión de San José, Perpetuo Socorro, San Francisco, Cruzados de Fátima, y otras. Seguro que hoy les hará sonreír a ciertos pastoralistas un método semejante. Pero los Misioneros atinaron con la idiosincrasia, psicosis y mentalidad popular, aunque supieron no quedarse en ella: todo fueron ocasión para meter con sus fiestas mediante aquellas novenas-misión la enseñanza de

la fe y recepción de los Sacramentos, término de toda evangelización. Faltaban algunos años para el Concilio con el cual los Padres hubieran cambiado bastante, pero con métodos muy tradicionales, bien usados, consiguieron lo que después muchos no han sido capaces de conseguir.

La piedad “procesional”, única existente en Huacho hacía pocos años, se había convertido en algo mucho más profundo bajo el signo evangelizador de los Misioneros, especialmente de su santo Párroco el Padre Arróniz.

La Acción Católica

Algo curioso, pero fue una realidad. Eran los años en que el Papa Pío XI había organizado establemente la Acción Católica en toda la Iglesia. ¡Y hay que ver lo que les costó a los Padres de Huacho el establecerla en la Parroquia! No les entraba a los feligreses eso del apostolado sistematizado. Pero al fin lo consiguieron, y el Padre Arróniz se encontró con las cuatro ramas de Hombres, Mujeres, Jóvenes y Señoritas funcionando regularmente, pero al verse con un animador como él se convirtieron en un instrumento evangelizador de primera categoría.

Ante todo, les quiso animados de espíritu sobrenatural, y para ello les sugirió un Retiro el primer domingo de cada mes y la Hora Santa de los jueves: porque sin oración no haremos nada.

Por las relaciones que nos han quedado de sus reuniones se adivinan cómo eran los diálogos que sostenían con el Asesor.

-Señorita Presidenta, ¿Y cuál es el programa?

-Padre, no lo inventamos nosotras. Nos ha llegado de los Obispos de Perú reunidos en Lima: “El sostenimiento de la buena prensa; los círculos de estudio; la enseñanza de la fe cristiana; la difusión de las enseñanzas sociales de la Iglesia; las obras sociales, agrupando a damas, caballeros y jóvenes, a quienes se les dará una formación integral”.

-Perfecto. ¿Y ustedes lo van a hacer?

-Nos hemos trazado nuestro lema: “Piedad, estudio y acción”.

-¡Pues, a cumplirlo!

Y la verdad es que lo cumplían. El mismo Padre Arróniz nos cuenta los encargos que les daba como apostolados imprescindibles en Huacho. Hombres, Señoras, Jóvenes resultaban algo difíciles para el trabajo, pero la rama de las Señoritas fue firmemente eficaz. Seguimos con los diálogos adivinados por las actas.

-¿Cómo van los círculos de estudios?

-Los tenemos cada semana sobre la Doctrina Social de la Iglesia.

-¿Y cuáles son las actividades prioritarias para ustedes?

-El catecismo, ante todo. Visitamos los centros de Huacho y alrededores, y nos extendemos lo posible por los poblados de la Campiña.

-¿Y entran en sus actividades “los más abandonados, los sin ninguna instrucción religiosa”, que son los más necesitados de todos?

-Hemos intensificado el apostolado entre las parejas mal unidas; atendemos a los enfermos con visitas; ya sabe todo lo que hemos hecho respecto del botiquín.

-¿Y con los presos de la cárcel?

-¡Ya sabíamos que nos saldría con ésta?

El Padre Arróniz se emocionó con la respuesta:

-Aparte de las visitas que les hacemos y las clases de catecismo, sabe cómo fue la misioncita que Usted mismo les dio, y el día de Navidad resultó precioso por lo contentos que se pusieron todos con los regalitos que les llevamos.

-¿Y qué piensan hacer con el objetivo señalado para este año por el Arzobispado de Lima?

-Aquí queremos centrar todos nuestros esfuerzos: la “Campaña por la Misa Dominical”. Queremos ante todo una estadística exacta. Daremos en cada Misa una entrada a todos los que vengan. Después, veremos cómo actuar.

Y así iba todo con la magnífica rama de las Señoritas de la Acción Católica. El Párroco tenía en ellas unas auxiliares incondicionales. Y la recristianización de la Parroquia se notaba a ojos vistas.

Los presos de la cárcel

Han salido poco antes casi por casualidad. Pero merecen un apartado muy especial. Todos los testimonios, por unanimidad, hacen referencia a ellos. ¡Hay que ver cómo los amaba, cómo les atendía, qué ratos pasaba con ellos, qué recuerdos dejó el Padre Arróniz en el establecimiento penal! Lo que dijo un detenido se ha repetido muchas veces: “Yo no quiero salir de aquí si sé que el Padre va a venir siempre”.

El párrafo que el Padre Flamarique traza en la necrología del Padre Arróniz vale por muchas páginas que nosotros pudiéramos escribir:

“Los presos, sí, los presos, los mimados del Padre Arróniz, en las redes de hierro de la cárcel, esperaban anhelantes la visita de su gran bienhechor, porque sabían que era entonces cuando el corazón grande del Padre vibraba de manera desacostumbrada; sus palabras de consuelo, sus regalos, sus cantos, sus comedias y sus cuentos, hacían olvidar por unos momentos a esos seres marginados su triste situación, contemplando, oyendo, contagiándose con la alegría franca de su Padre, el mejor que los ha visitado. Todas las semanas con nuevas sorpresas, solo o acompañado de la Acción Católica en sus cuatro ramas, esperaban impacientes la llegada del Padre Arróniz”.

Decía uno: “Somos los hombres más felices; la tristeza se repliega a los rincones de la cárcel. La resignación nos sostiene y reconocemos que en un momento de locura hicimos un disparate”. Y añade el Padre Flamarique: “Presencié en varias ocasiones sus visitas a la prisión y quedé asombrado de la transformación obrada en todos los presos y hasta en el personal que cuidaba de ellos, mientras el Padre Arróniz ejercitaba su ministerio apostólico; el día de su llegada era fiesta para todos, pues nadie se escondía a los beneficiosos rayos de su influencia poderosa”.

Muy bien todo esto. Pero, al buscar recuerdos escritos del Padre, me encuentro lo que yo tanto deseaba y que **no creía**, aunque lo contaban verbalmente como un hecho cierto, hasta verlo estampado tan seriamente en el papel: que el Padre sacó a los detenidos más de una vez de la cárcel y los llevó a la playa para que jugaran y se divirtieran sanamente. ¿Es posible? ¿Tanta seguridad tenía el Padre en sus queridos presos? ¿Tanto ascendiente moral tenía sobre los mismos? Y más que todo, ¿cómo las autoridades penales tuvieron la audacia de conceder semejante gracia al Padre Arróniz?... Si esto no es un milagro moral, no sé en qué puede consistir un milagro...

En una de sus últimas cartas, poco antes de morir, escribirá desde Arequipa a sus fieles colaboradoras de la Acción Católica: “No se olviden de visitar a los presos: son mis preferidos”. Era su testamento.

Doloroso..., pero así fue

La noticia corrió como la pólvora en Febrero de 1958: “¡Ha sido erigida la Diócesis de Chancay con sede en Huacho!”. A felicitarse todos. La labor de los Misioneros Claretianos había conseguido formar una Iglesia madura. Y así lo reconocía el Papa Pío XII, que pocos meses después nombraba al primer Obispo en la persona de Monseñor **Nemesio Rivera Meza**, consagrado en la Catedral de Lima el 20 de Julio, y determinaba que la nueva Diócesis tuviera pleno cumplimiento a partir del 14 de Agosto.

Felicitaciones incontables. Cartas de adhesión al Prelado. Ofrecimiento incondicional de los Misioneros Claretianos, que ponían a disposición del Obispo la Iglesia para Catedral y la casa para Residencia del Obispo. Y, ahora, sobre todo y sin ahorrar esfuerzos, a preparar la bienvenida del Pastor con solemnidad grande, que llegaba rodeado de una multitud ante la Iglesia donde era recibido el Párroco Padre Arróniz y los otros Misioneros, con el Provincial allí presente también.

Todo magnífico. Todo espléndido. Y todo..., para empezar la tragedia.

A fin de que el Obispo obrara con plena libertad, los Padres entregaban la Parroquia y casa al Obispo. Pero, naturalmente, deseaban continuar en Huacho aunque fuera en otra parte, y, la mejor, la Parroquia de Huaura que también la regentaban ellos. El Obispo les dijo a los Padres ya en Lima que los deseaba en Huacho, pero se lo decía muy con la boca pequeña. Los Padres lo notaron, y por eso le ofrecieron también libremente Huaura. Y vino lo temido. En aquel triunfo de la entrada en Huacho, después de vitorear al Obispo, la gente estalló en ¡vivas! a los Padres, especialmente a su Párroco el Padre Arróniz. En mala hora lo hicieron. El Obispo, picado en su amor propio, lanzó unas palabras fatales: “Y bien, ¿qué han hecho aquí los Padres en cuarenta años que han regentado esta Parroquia?”...

El mal estaba hecho, y ahora vendrían las consecuencias. El Padre Provincial, al no haber aceptado el Obispo a los Padres para que se quedaran de momento ni en Huaura, le comunicó que, de parte del Gobierno General de Roma, la Comunidad de Huacho quedaba suprimida. Debidamente firmados todos los libros parroquiales, y hecho con fidelidad el inventario de la Iglesia y casa, allí quedaban un Padre delegado para hacer la entrega debida conforme al Derecho, pero los otros Padres marchaban a su nuevo destino: el Padre Arróniz a Arequipa, y debía hacerlo inmediatamente para evitar disturbios.

El pueblo se amotinó. Como protesta, y para que el Padre Arróniz no saliera, cercaron la Plaza hasta muy entrada la noche. Al amanecer, ya sin gente la Plaza porque pensaron que no marchaba el Padre, salía éste huyendo y bien protegido. Protestas, cuantas queramos. La gente no iba a la iglesia ni los domingos. Cartas enojosas del Obispo al Gobierno General, que actuó seriamente exigiendo al Padre Provincial diera la explicación debida. Hasta que convencidos en Roma de la verdad, dejaron de contestar tantas importunidades como le llegaban del obispado.

¿Hacemos bien en contar lo sucedido? Al Obispo le quedaba muy tiempo en la diócesis recién estrenada, y hoy ya no producen los hechos ningún resentimiento. Han pasado muchos años, esto ya no ofende a nadie y Huacho, aunque lo recuerda, debe saberlo tal como fue. Por otra parte, es necesario saber las cosas para valorar el porqué del traslado de los restos del Padre Arróniz desde Arequipa a Huacho solamente cuatro años después.

AREQUIPA. Adiós, ¡y hasta pronto!

¿Falta de salud? ¿Excesiva emoción por la salida de Huacho? ¿Imprudencias del mismo Padre Arróniz, que no se medía en el trabajo?... No lo sabemos. El caso es que Arequipa va a ser el escenario que cierre el telón de aquella vida tan bella.

En la noche del 19 al 20 de Agosto se realizó la “huida” de Huacho y el buen Padre Arróniz, obediente como Jesús, subía a Arequipa que iba a ser su Calvario. Pero un “¡Volveré!” misterioso le bullía en la mente. Al llegar a su destino, se instalaba en el Vallecito, urbanización nueva con una capillita dedicada a la Virgen de Fátima y que un día se transformará en Parroquia con magnífico templo. Pero de momento, nada. El 19 de Octubre se inauguraba la capilla con buenas esculturas aparte de la del Corazón de María, y el Padre, en la máxima humildad de aquel rinconcito tan diferente de Cajabamba y Huacho, se pasaba las horas rezando y atendiendo a las personas que venían a él por la confesión o en demanda de un consejo.

Ya sabemos lo que era el Padre, y con un gran celo y abnegación, pero tal vez sin medir las fuerzas de sus 73 años, en 1959 se ofrecía para ir a dar Misiones en Piura. ¡Para qué lo hizo! Las alturas de la Sierra no le podían hacer ningún bien, con su frío y con el trabajo ministerial que lleva consigo una Misión. Pero el Padre era un valiente de Cristo. Nunca se cuidó de su propia salud, y había de caer en el campo de batalla. Empezó a sentirse mal, hubo de regresar Lima donde lo encontraron muy desmejorado por una bronquitis aguda, le impusieron un descanso obligatorio, pero a los pocos días se volvía a su puesto en Arequipa.

El día 30 de Octubre, al intentar levantar un peso de unos diez kilos, siente un ataque de hemiplejía y cae al suelo. En la clínica Goyeneche le atienden con cariño esmerado, conserva lúcidas su facultades, recibe los Santos Sacramentos, y a las 11'30 de la mañana del 1 de Noviembre se iba al Cielo a gozar de la fiesta de Todos los Santos. A pesar del poco tiempo que llevaba en Arequipa, su funeral fue devoto y muy concurrido por religiosos, religiosas y altas personalidades de la Iglesia.

Dejamos Arequipa, y nos trasladamos obligatoriamente a Huacho, donde su muerte, copiamos literalmente a Flamarique, “fue anunciada con estremecimientos de catástrofe; el dolor se dibujó en todos los rostros, los ojos enrojecieron y anublaron con tanta lágrima, recordando al Padre querido, que vestía de luz, alegría, dulce confianza los corazones de los huachanos, llegando oleadas de optimismo a todos los espíritus y haciendo olvidar tantos sinsabores que bordan esta vida terrenal. Se fue el santo, se fue el hombre, se fue el amigo, repetían en llanto inconsolable; pero vino la reacción y como hijos agradecidos dejaron caer una lluvia torrencial de preces, oraciones, misas y sufragios que llevaban al alma del Padre Arróniz el dulce recuerdo”.

Esto, lo que decía un Misionero hermano suyo. Y otro, con profunda sinceridad: “Yo nunca lloro a los muertos, pero creo que con la muerte del Padre Eusebio Arróniz hemos perdido lo mejor de la Provincia”.

¿Vale la pena que insistamos en transcribir testimonios inacabables? Tenemos bastante con alguno que otro. Y escogemos entre tantos el del periodista Isaac Salazar León, que trazaba del Padre esta semblanza:

“Modestísimo, su palabra persuasiva y buena era brillante para alentar el entusiasmo por Dios. Si le hubieran dado a elegir entre un templo de grandes ornamentos y la modestísima capilla de una aldea, sin vacilar él hubiera preferido esta última, porque allí le gustaba estar entre los pobres y los humildes, entre los proscritos y los desheredados. Por eso lo vimos recorrer a pie grandes distancias para llevar a los niños estampas, golosinas y el Catecismo. Le dimos paso cuando conducía al abrigo en su pecho el Santísimo para dar la extremaunción a los moribundos. También lo vimos visitar los hospitales y llegar a la sala de los tuberculosos para darles su palabra de consuelo o visitar a los presos para mitigarles el peso de la justicia y darles sus cariñosos consejos. No tenía palabra capacitada para pedir, sino voz sencilla para rogar. Cuando más dura era su fatiga o daba trabajo su labor, allí lo veíamos sonreír. Estaba hecho sólo para hacer el bien. Por eso todos lo estimaban y querían y aún los que profesaban otras religiones lo respetaban. Él, el padre Arróniz era así, de brillantes ojos para amar a Dios, para ser todo humildad para los humildes y todo perdón y cariño para los pecadores”.

EL ALMA del Padre Arróniz

Leyendo todo lo que hemos visto hasta ahora, a uno le vienen ganas de preguntarse: Pero, ¿era de veras el Padre un *santo*, como decía y sigue diciendo la gente? ¿Se puede pensar en él, sacerdote, con una estatua suya en los altares, sotana levantada y chutando al balón?... ¿Tiene que ver algo un santo así con la severidad del Bautista, la pobreza de Francisco de Asís, la seriedad de Ignacio, la gravedad sacerdotal de Toribio de Mogrovejo y de su Fundador San Antonio María Claret, o los arrebatos al cielo de Teresa de Jesús?...

Y la respuesta la encuentro en unas palabras de Jesús: “Vengo yo que como y bebo, y dicen de mí”... Es la única respuesta que me sé dar al considerar la vida del Padre Arróniz: la **naturalidad** más grande que puede darse en un hombre que, como Pablo, se hace “todo con todos” con el fin de ganarlos a todos para Dios.

Adivinamos su alma viendo su quehacer diario como profesor en un colegio o sacerdote en una parroquia, y escuchando los testimonios de quienes le conocieron y trataron, los cuales, como una constante, usan siempre las mismas palabras: “bueno”, “cariñoso”, “chistoso”, “siempre alegre”, “santo”, “deporte”, “piedad”, “los niños”, “catecismo”, “fisonomista”, “conocía a todos por su nombre”, “salidas a los caseríos”, “los pobres”, “los presos”, “con todos igual”, “nunca enojado”...

Hablan los de Huacho

Y lo hacen de manera muy diferente que los de Cajabamba. Haremos con ellos un ramillete de flores, y que cada uno se quede con la que más le plazca.

“Lo veíamos en la calle siempre rodeado de niños, alegre, con sonrisa constante, cariñoso. Fue un Sacerdote al que nunca lo ví amargo, ni serio, miraba con cariño a todas las personas, y estaba riéndose con nosotros. No he vuelto a ver un Sacerdote igual”.

“Sabía el problema de todas las familias, conocía Huacho como la palma de su mano. Con todo el mundo se comunicaba; era como si fuese parte de la familia”. Celebraba la Misa bien temprano, después salía a la calle y a todo el que encontraba le dirigía la voz, lo llamaba por su nombre, lo palmeaba en la espalda. Todas las mañanas se ponía en el confesionario e impulsaba mucho a la Comunión frecuente”.

“Al pasar frente a una cantina, ya se sabía lo de los borrachitos: ¡Ahí viene el Padre Arróniz!... Y él, sin enojo y sonriendo: ¡Vayan a su casa y no tomen!”.

“Trabajaba yo en el Ayuntamiento, y un domingo nos obligaron a ir a la oficina. Un joven se negó: -Yo no voy. No quiero que mañana el Padre Arróniz me diga: -Ayer domingo, y no te ví en Misa”...

“Íbamos caminando y vimos a un pastor evangélico. Se lo dijimos, y el Padre fue expresamente a saludarlo. Lo hizo efusivamente, y los dos quedaron después muy amigos”.

“Junto a una tienda había un patio y allí se reunían en tertulia una serie de personas del comercio, alcaldes, subprefectos, la mayoría de los cuales eran masones; pero querían al Padre y le tenían una estima grande; le invitaron a pasar y el Padre aceptó tomar un copetín y departió con ellos”.

“Yo recuerdo mucho de él. Lo recuerdo un día que venía a Misa muy temprano; lo ví con una escoba y un balde y su agua, limpiando el atrio de la Iglesia. Lo hacía por costumbre suya”, ¡con qué humildad!...

“Principalmente se entretenía con los niños de la calle; tenía un bolsillo hondo en la sotana, lleno siempre de caramelos. A los niños les preguntaba: -A ver, dime el Padrenuestro..., haz la señal de la Cruz... -¡Bien, te lo has ganado! ¡Toma!”...

“Tenía un gran carisma, el dedicarse a la gente pobre, a la gente menesterosa, a los pequeñitos de la calle que estaban en el desamparo. Se le veía dedicado toda la vida a la niñez, al anciano y a todas las personas que verdaderamente lo necesitaban”.

“Era una persona muy activa a pesar de sus años; nunca estaba quieto; desarrollábamos con él actividades, no sólo espirituales, sino también materiales, es decir: teníamos equipo de fútbol, desarrollábamos teatro, hacíamos actividades benéficas, podíamos producir algún dinerito para hacer apostolados”.

“Con él había Bautismo, Primera Comunión, Casamiento de los esposos; es decir, la fiesta del pueblo era celebración religiosa, totalmente religiosa: eso era la presencia del Padre. Creo que no era sino por el Espíritu Santo, con el que tenía especial *cercanía*”.

“Desde su primera estancia en Trujillo, dice un Padre compañero suyo, su preferencia era visitar a los presos de la cárcel”. Párroco en Huacho, ahora lo hace con una libertad asombrosa. “Recuerdo cómo trabajaba en la cárcel, le gustaba trabajar especialmente con los

encarcelados”. “Con los presos de Huacho fundó la Hermandad del Niño Jesús”. Hasta lo increíble: “Conocemos por testimonio que el encargado de la cárcel le permitía salir con los presos para jugar con ellos en la playa”.

“Era un Sacerdote de mucha oración, muy eucarístico. En esa época ya se tenían los Jueves Eucarísticos. El Padre no faltaba a las exposiciones del Santísimo, a dirigir la adoración del pueblo. Verle en esa actitud, tan recogida, tan orante, contagiaba a los demás”.

“Yo, como Presidenta de la Acción Católica, que he trabajado mucho con el Padre, resaltaría en él su piedad y el fomento de la piedad. Mucho nos impulsaba y nos apoyaba sobre la piedad”.

“Era un hombre completo, Por eso en Huacho (habla una de Cajabamba) lo caracterizan así: Padre de eterna sonrisa y como un santo, es un santo, él ha muerto en un olor de santidad”.

Cosas que nos cuentan

La vida de Comunidad con los otros Padres sus compañeros la llevó siempre con una gran caridad. ¡No faltaba más! El Padre Alejandro Meza Cuadra y el Padre Arróniz trabaron en Cajabamba y Huacho una amistad muy íntima, “como David con Jonatán”, se confesaban mutuamente, y los pocos testimonios que nos dejó el Padre Meza son de valor incalculable. Lo primero que hace resaltar es la alegría, el chiste siempre a flor de labios, la sonrisa perenne y el buen humor del Padre Arróniz, el cual, jugando con los apellidos del amigo, le sacó la chispeante coplilla; “Aunque lo de Meza Cuadra - no siempre cuadra tan bien, - a mí muy bien que me cuadra - la ascesis de Meza Cuadra”.

El Padre Meza, a su vez, nos dice del Padre Arróniz:

Cuando siendo Superior o Párroco, si había de corregir algo o negar una petición a los demás, empezaba con delicadeza suma:

-¡Ay, Padrecito! Mire, hablando en plata...

Yo, como lo sabía, le cortaba la palabra:

-¡No siga, pues ya sé lo que me va a decir, y que no hay permiso!...

Así era el Padre: condescendía en todo lo que podía, finísimo, delicado y generoso, aunque decía de sí mismo: “Parece que me han hecho domador de fieras”.

Hasta cuando tuvo dos compañeros en Cajabamba que le resultaron una cruz muy pesada, aunque no duraron mucho con él.

Uno, muy bueno, pero con enfermedad irremediable, se dio a escribir tonterías y más tonterías a los Superiores contra el Padre Arróniz, hasta que, hospitalizado, moría muy joven en la paz de Dios. El Padre Arróniz escribía al Provincial, excusando al pobrecito enfermo: “No he querido molestarle por los cien mil chismes que le ha contado de mí; sólo le diré a Usted que en todas mis acciones no busco más que la gloria de Dios, la salvación de mi pobre alma y la de los demás”.

El otro, no tenía temple de misionero, se quejaba inútilmente de todo, echándole todas las culpas al Padre, y al fin abandonaba su vida misionera dejando la Congregación para irse a puestos más placenteros. Y sobre éste, cuando ya se había marchado, le pedía: “De

querer que haya otro Padre, envíe uno sencillo, trabajador, buen religioso y de buen carácter”. Porque quería paz, paz y amor a toda costa.

Era el siempre alegre, sonriente, chistoso, humorista. Lo dicen todos sin excepción.

“Aún en los trances más penosos de su vida, mezclaba el gemido con el chiste y las lágrimas rodaban de sus ojos sobre el gracioso reír de sus labios”.

“Con ese carácter en nada inclinado al enojo, era imposible que nadie pudiera enojarse con él; y como por otra parte era servicial, caritativo, generoso, perdonador y condescendiente, nunca dejó mala impresión ni mal recuerdo”.

“Jamás sintió ni toleró la tristeza. Cuando no tenía de qué reír, abría un libro divertido cualquiera, y se ponía a leerlo de canto a canto, hallando gran diversión en las enormidades que resultaban de tan estafalaria lectura”.

“Más tarde, las ocurrencias, las palabras y modismos de la gente de campo, le daban constante materia de hilaridad”.

Su castidad fue notoria por demás, pues cualquiera hubiera dicho que el Padre Arróniz pudo dar materia de chismes sobre su virtud, dado cómo trataba a todas las personas, mujeres igual que hombres, y cómo hasta jugaba con las niñas. Pues, bien; en esta materia nunca nadie se pudo meter con él. Nos lo dice entre otros el Padre Meza:

“Su gran amor a la castidad le hacía a veces comentar las flaquezas de algunos prójimos. Era tan grande su amor a la virtud angélica en sí mismo y en los demás, que cualquier escándalo en este punto le quemaba”.

“Era cariñoso, atento, alegre y bromista con todos, de cualquier edad, sexo y condición; sin permitirse familiaridades ni confianzas con ninguna mujer joven ni vieja, con lo que consiguió que nadie le tomase afecto peligrosos”. Por eso, no es de extrañar este otro testimonio: “Jamás causó celos ni envidias; todos le amaban y veneraban disfrutando de su cariño sin codiciar otro mayor”.

Sin embargo, al hablar de esta su virtud, sabemos que no era nada escrupuloso con los demás, sino que tenía un criterio muy amplio. ¿Recordamos cómo en Cajabamba invitaba a bailar en las fiestas a la gente, sabiendo que el baile era del todo honesto y digno? Muy al contrario le pasó en Huacho cuando se quiso introducir algún baile inmoral, como lo recuerda un joven de entonces:

“En los tiempos del *mambo*, baile prohibido, nos apartaba de él y hasta lo admirábamos”. Admiración por su valentía y prohibir cuando era necesario.

Esto lo hacía ese sacerdote simpático que “zapateaba” con las niñas haciéndoles bailar “La marinera” o con las de Huacho al hacerles cantar el “Si la reina se muriera”, dando él los primeros pasos, “y acabando después con una catequesis”....

¿Y su austeridad? Con la vida durísima que llevaba en las Parroquias, poco tenía que pensar en otras penitencias, ¡pues hartas tenía que aguantar! Y todas disimuladas con aquel su reír constante que desconcertaba a todos. “Usaba un libro de consideraciones del Abad Gerand, trapense, y por ahí puede verse cuán austero fuese consigo mismo, al paso que era tan blando y benigno con los demás; aquellas consideraciones espirituales le inspiraban esa abnegación tan completa de sí mismo que él sabía disimular con la risa y la broma”,

La oración del Padre Arróniz es lo primero que quisiéramos haber visto al pretender meternos en su alma. Para la estimación popular y de todos, santo es ante todo quien reza mucho, y con razón. Pues la santidad no es otra cosa que la **unión con Dios**, y esa unión se da, se vive y se manifiesta por el trato continuo con Dios, por la ORACION. Y que el Padre, en medio de aquella vida agitada y siempre festiva, estaba unido con Dios por la oración, nos lo dicen todos, pues su piedad no la podía disimular de ninguna manera.

Desde el principio hasta el fin, lo hemos visto y lo veremos trabajar hasta el agotamiento, divertir a los jóvenes y jugar con ellos, reír y haciendo reír siempre a todos, caminar incansable montado en su *Lucero* por todos los caseríos, y en la iglesia dirigiendo sin cesar los actos de los fieles. ¿Pero, él? ¿Era hombre de oración? Porque un sacerdote sin mucha piedad, sin rezar siempre, sin estar unido a Dios con oración continua, se agitará, se moverá, se agotará, pero nunca será un *santo* ni fructificará gran cosa entre las almas.

Y del Padre Arróniz todos dicen por unanimidad que era un sacerdote muy piadoso, como se expresaba aquella buena mujer:

“¡Cómo no, Padrecito! Era muy fervoroso en todos los servicios del templo, las misas... Sé que ha sido un Misionero que amó mucho a la Santísima Virgen, amó mucho a la Eucaristía, era hombre de Dios”.

Dirigía personalmente, poniendo en ello toda su alma, las devociones de los fieles en la iglesia. Los actos de Comunidad, entonces demasiado cargados, no eran bastantes para la devoción del Padre, que cada día, a pesar del trabajo agotador, “rezaba sin dispensarse los quince misterios del Rosario, porque su devoción a la Virgen era completa, completísima”. Añadía tantas y tantas devociones particulares, como el Viacrucis diario y público en la Cuaresma o las oraciones a san José, del que era muy devoto. Faltaban años para la reforma litúrgica del Concilio, y una vez en el canon de la Misa, observó en una interrupción (¡perdón, liturgistas!): “Aquí, junto al nombre de María, debe estar el nombre de JOSE...”

Ni que decirlo, el Breviario lo rezaba íntegro fuera como fuera el trabajo del día. Cuenta el Padre Meza:

“Una vez se encontraba tan mal, que le quité el libro y se lo escondí. Se echó a reír:

-Entonces, ¿le parece que no estoy obligado a rezarlo hoy?

-¡No, y no lo rezará! Busque el Breviario si puede.

“Siempre hablaba de Dios”, dice una testigo. “En las confesiones nos aconsejaba como verdadero Padre espiritual. También como sacerdote nos sacaba de muchos problemas en los hogares. Y cuando jugábamos con él, nos decía: Vamos un rato a hacer oración... Nos llevaba a la iglesia y después íbamos a hacer deporte, pues jugaba con jóvenes y con señoritas también. Cuando lo supimos que había muerto, lo sentimos mucho; pero hemos tenido el gusto de saber que el Padre es un santo”.

La Virgen María fue alma de su espiritualidad. El saludo ¡Ave María Purísima! lo dejó en todas partes como un recuerdo imborrable. Si le saludaban: “¡Buenos, días, Padre!” o con otra fórmula cualquiera, su respuesta era ante todo un “¡Ave María Purísima!” que se metió en todas partes. A él le salía de lo más hondo del alma.

“Con el mes de María formó, como quien dice, *su mes*, netamente dedicado a la Virgen. Durante ese mes él invitaba a todas las Instituciones Religiosas, como a los Jueves Eucarísticos, pero particularmente a los niños, para inculcarles el amor a la Virgen”. “Era también un

Sacerdote mariano. Con una devoción grande a María. El Padre no podía hacer nada sin la presencia de Ella. Tal es así que hay muchas Instituciones Marianas que nacieron desde aquel tiempo y que hasta ahora se conservan. Todavía nuestro pueblo conserva el salir temprano a las calles con la Virgen los Primeros Sábados, aunque sea un grupo pequeño, en el Rosario de la Aurora. Y ahí está la presencia del Padre Arróniz y de los Sacerdotes marianos que tuvimos la suerte de tener durante muchos años”.

No faltaron las malas lenguas

Ciertamente que no hubo exageraciones en las críticas al Padre Arróniz. Pero, como atestigua el Padre Meza, “no se libró de los malos juicios, de murmuraciones y malignas interpretaciones de sus más buenas obras. El demonio se valió de todos los ardides que pudo para indisponerse con él”. ; “ero nuestra mutua confesión nos libró de lo que habría sido tal vez lo más funesto para él y para mí”.

“He oído que se le tachaba de fomentar la inobservancia, y de otros absurdos parecidos o peores. Hasta llegaron a decir algunos que yo había acusado al Padre de bebedor. Pero nuestra mutua confesión nos libró de lo que habría sido tal vez lo más funesto para él y para mí”.

No hacía lanzarse a la palestra para defender al Padre de tales chismes, pues la gente no creía en ellos. Baste un testimonio como éste para comprobarlo:

“El Padre era bromista. Nunca dio mal ejemplo, nunca fumaba. Era el sacerdote clásico; en sus homilias, un santo; después, amigo, consejero, catequista. Era todo para todos, pobres y ricos, igual. Amigo íntimo con los hacendados, y socialmente se llevaba muy bien con todas las autoridades. Era también muy activo. Han venido unas chicas de Lima, han visto la fotografía, y han dicho:

-¡Uy! ¡Este es mi curita Arróniz!... Y lo ha besado.

Todo un gesto que dice mucho. Al Padre Arróniz nunca le he visto por ejemplo una descortesía, una mala palabra nunca, ni un cigarro o nada de eso, pues era muy pulcro”.

Interviene otra:

“Así ha sido, así es. Ha sido muy atento, muy cariñoso, no ha sido nunca orgulloso, sino siempre amable, para el pobre y para el rico; con todos muy buena gente”.

Testimonio máximo, el del Padre Meza: “En tantísimas veces que se confesó, no recuerdo haber hallado falta que necesitase absolución”.

Viene para acabar el desahogo del Profesor cajabembeño Don Antonio Johanson:

“Un día me dijeron que en Huacho lo han declarado santo. Y Cajabamba, ¿qué ha hecho? Entonces yo dejé una biblioteca con su nombre, pero se lo cambiaron por el de la Virgen del Rosario. Allí coloqué su fotografía. Al verla, aprovecho la ocasión y le pregunto:

-A ver, Padre, ¿cuál es la profesión cumbre, las más alta, la más excelente, a ver, contésteme.

Y oigo:

-Salvar almas. El sacerdocio.

Eso. El sacerdote puede ser abogado, médico, pero sobre todo eso, salvar almas. El Padre Arróniz salvaba almas. A sus enemigos los llamaba; a los que le insultaban, los invitaba, los reconciliaba. El Padre Arróniz es para mí un santo ya aquí.

Retratar el alma del Padre Arróniz nos resulta un poco difícil no haber dejado él escritos autobiográficos íntimos, como propósitos de Ejercicios Espirituales, Retiros, o ilustraciones de Dios que ciertamente las tuvo. Pero no es un imposible hablar de él con acierto cuando podemos asegurar: Sentía la piedad como Jesús; amaba a los niños como Jesús; siempre como Jesús con todos los más pobres y más necesitados; predicaba el Reino como Jesús; daba Jesús a las almas como se daría en persona el mismo Jesús. Miraba a Jesús, diría Lacordaire, como “El único Santo a mi medida”, y, naturalmente, el Padre Arróniz, con este modelo delante, resultó un santo.

Ahora, a soñar

¿Recordamos aquel “¡Volveré!” que nos imaginamos en la mente del Padre al salir de Huacho en aquella noche misteriosa del 19 al 20 de Agosto de 1958? Cosa curiosa: cuatro años justos después, los restos mortales del Padre Arróniz pasaban en Huacho su primera noche, la del 19 al 20 de Agosto de 1962, en la tumba que estará siempre cubierta de flores frescas...

Dice su Obispo que eso es provisional, porque pronto dejarán de colocar las flores en el cementerio para llevarlas a la Catedral. Nosotros nos vamos más lejos. Corren por ahí estampas del Padre pidiendo favores a Dios por su intercesión. Dicen que se piensa introducir la causa de beatificación del Padre Arróniz. ¿Será posible tanta belleza?...